

SIMÓN CLARINET

SIMÓN CLARINET

Por Carlos Dzul

SIMÓN CLARINET
Las Crónicas de Perropodrido

Simón Clarinet
©2022, Carlos Dzul

Primera edición: noviembre de 2022

ChangosPerros Ediciones, 2022
Instagram: @changosperros

Diseño de portada: dibujoselpaisa
Maquetación: dibujoselpaisa

Se prohíbe la reproducción de esta obra
sin el permiso expreso del autor. XD

Impreso en México · Printed in Mexico

Índice.

Introducción	07
La noche de los garabatos	14
Álbum	18
El ataque de las guapis	22
El mago Chikochenko	26
Los tesoros	30
La batalla de las bellas	34
Mariano Silvano	39
Salchichone	44
Tomasa	46
Los negros del ritmo	49
Algunos fragmentos	58
Cien años de Lucrecio Peace	64
Sobre el homenaje realizado por el joven Paul Johansson	70
La muerte no descansa	73
Los premios	76
Ratapam	82
Vicisitudes de un parásito	86
Chispurrín	91
Paloma	94
Epílogo	98

INTRODUCCIÓN

Clarinet, si le hacemos caso a mis investigaciones, nació en el barrio de La Ñonga, a mediados del siglo pasado, cuando éste apenas comenzaba a formarse como si dijéramos un feto monstruoso, con los restos de otros barrios peores que habían existido antes y cuyos nombres no nos han llegado.

De familia pobre, se distinguió del resto de sus 37 hermanos (hago aquí una estimación muy libre) por tener un ojo totalmente blanco y por el gusto que mostró desde pequeño por las artes, en particular por el dibujo.

Él mismo cuenta que podía estarse largos ratos nada más que contemplando una pared e imaginando que trazaba sobre ella una serie de monigotes aborrecibles.

Este era el único juego que solía practicar.

Desde muy chico acompañó a su padre a la imprenta donde éste laboraba como cargador de bultos de papel, y allí debió tomarle afición a las letras y al olor a tinta. Parece que a los ocho años ya sabía leer con alguna soltura y hasta contar, a diferencia del mundo de sus hermanos que nunca pasaron de analfabetos.

A los trece le dieron formalmente un trabajo como aprendiz, no sabemos exactamente de qué.

Su padre ya había muerto para entonces, al igual que varios de sus hermanos: algunos de sífilis, otros de congestión alcohólica, otros nada más desaparecieron, igual que siluetas en medio de un mar de neblina.

En cuanto a la muerte de su padre: sucedió una madrugada, a resultas de un pleito de taberna. El presunto asesino fue un francés que se hacía pasar por torero y que tenía fama de navajeador de gente humilde. Una fama que la verdad se ganó a pulso. Lo llamaban Mister Monsieur.

El paradero de la madre nos es desconocido.

El dueño de la imprenta donde Clarinet trabajaba, don Singapur Balazo de Roberto, un napolitano ‘barbudo y platicador’, viendo que el muchacho aprendía rápido y mostraba interés en las letras y en las máquinas con que se imprimían, decidió tomarlo como secretario, un puesto que el joven Clarinet desempeñó con abnegación, hasta el día del fallecimiento de don Singapur, a sus 87 años.

Para estas alturas Clarinet ya había decidido ser periodista y no demoró en hallar algún empleo en el Sol de Perropodrido, uno de los primeros diarios que existieron, al principio como encargado de limpieza, después como redactor de avisos oportunos. De allí logró ascender a reportero de accidentes y pleitos callejeros, y cuando se terciaba, también escribía las ‘cartas del público’.

Uno de los eventos de sangre más importantes que le tocó reseñar fue la entrada en Perropodrido del ejército invasor de Monchiborno, en lo que fue la antesala de la Guerra de las Hienas.

Acá un fragmento de aquel texto:

“Estamos de luto. Nuestra bandera fue arrancada y arrojada al piso. En su lugar ondea la negra con naranja de los monchiborneses. Los perropodriños lloramos, lloramos como nunca, contemplando la infamia desde las ventanas que dan a la plaza, donde yacen los cuerpos de varios de nuestros amigos”.

Todos los hombres que trabajaban en el periódico, incluyendo al niño que se paseaba por los corredores de la redacción boleando zapatos, y que murió decapitado por una llanta de carreta, pasaron a ser instantáneamente soldados del ejército perropodriño.

Clarinet tenía por aquel entonces dieciocho años y una enamorada cuyo nombre ignoramos y a la que sólo alude en alguna de sus crónicas con el mote de La Celestial. Parece que pensaba desposarla y procrear con ella varios hijos.

La guerra duró tres años en total y Clarinet participó de principio a fin, interviniendo en batallas como la del Sarape, la de los Tres Tigres, la batalla del Rosario, la batalla de La Berenjena, la del Chaparrito, y en la de Los Chapulines, donde

por cierto sufrió una herida de significación en la pierna, no sabemos cuál con exactitud, que le siguió dando molestias hasta el final de sus días.

El ejército monchibornés, como todos recordamos, acabó por ser expulsado de estas tierras, no sin grandes trabajos y no sin que antes les pagáramos (inosotros a ellos!) lo que habían gastado en la guerra.

Cuando Clarinet volvió del campo de batalla descubrió que su enamorada ya era la mujer de otro (un alemán de posibles), este hecho lo destrozó espiritualmente, hundiéndolo en el alcoholismo. Él habrá de confesarlo, sin ambages, en alguna parte de su diario: *de la condición alcohólica, al igual que de mi herida de guerra, no logré recuperarme por completo nunca.*

Tiempo después, y no sin antes haber pasado por un breve periodo de indigencia, busca emplearse como reportero en todos los diarios habidos de la época, pero nadie lo contrata. Los amigos de antaño están todos muertos. Nadie reconoce a Clarinet. Semejante desdicha, sin embargo, lo lleva (lo empuja) a fundar su propio periódico: El Sol de Ningún Lado.

Constaba, por lo regular, de nueve páginas y tenía un precio de tres reales. En él Clarinet se dedica a copiar informaciones que saca de otros periódicos, a contar chismes y al parecer también, de cuando en cuando, a imprimir sus propios poemas.

Los primeros números del diario fueron intangibles: existían solamente en su cabeza. Después comenzó a ponerlos por escrito, en retazos de papel que encontraba tirados; cada ejemplar estaba redactado a mano y las medidas nunca eran las mismas, ni siquiera entre una página y otra.

No existe información fidedigna que nos indique de cuántos ejemplares constaba el tiraje. Lo que sí podemos deducir es que Clarinet en efecto vivía o sobrevivía de sus ventas, y también de escribir cartas de amor y despecho para los paseantes en la Plaza Viernes, y discursos institucionales que también le comisionaban de cuando en cuando, así como de corregirle sus poemas a la señorita (de 63 años) Hilda Falcao, quien lo tenía en gran consideración. De ella se sabe que publicó tres compendios de sonetos, que pesaba 200 kilos, y que era la hija única de Rubelez Falcao, magnate de la industria textil.

Es constatable, asimismo, que Clarinet participó en 28 juegos florales y que llegó, en tres ocasiones al menos, a ganar en los géneros de crónica y poesía.

Contrajo formal matrimonio a los 43 años con una mujer de nombre Orellana Domingo, juntos criaron y educaron a tres niños que habían recogido de la calle.

Esta época, sin duda plagada de apuros económicos, probablemente fue también la más feliz de su vida, si atendemos a los versos de corte pastoril que iba escribiendo y publicando en su periódico.

Por desgracia este lapso de felicidad vino a ser interrumpido por la Epidemia Negra que a mitad del siglo se cobró la vida de aproximadamente 50 mil perropodriños.

La esposa y los hijos de Clarinet fueron internados de urgencia en el hospital de la Santa Orquídea, donde fallecieron casi de forma simultánea después de una semana de lamentos. Clarinet debía contar en aquel entonces con 56 años.

Su propia muerte se produciría un par de décadas después (tras un largo y oscuro periodo del que no se tienen mayores referencias), al ser arrollado por un carruaje. No es improbable que hubiera estado borracho en el momento del sucedido. Lo internaron en el mismo hospital en el que había muerto su familia y donde luego de sufrir unas calenturas demoníacas, y sin la vigilancia de ningún médico, logró como por arte de birlibirloque recuperarse.

Tan sólo para morir a los pocos días, ahora sí, de un ataque cardíaco, mientras caminaba por el parque de los Almendros, a dos cuabras de su casa.

En la necrológica que apareció en El Sol de Perropodrido se le deseaba un eterno y celestial descanso ‘en los jardines del señor’, aunque era bien conocido su ateísmo.

LA NOCHE DE LOS GARABATOS

Provocó gran escándalo y lágrimas, y no era para menos, que se produjeran tantas muertes de niños en tan pocos días.

La causa, según se cuenta, fueron aquellos extraños juguetes (la gente los bautizó como ‘garabatos’) que recién habían salido a la venta y que ya inundaban hasta los barrios más humildes de nuestra ciudad: estaban hechos de madera, los podías armar y desarmar y crear con ellos toda suerte de nuevas criaturas.

El problema de este divertimento es que los niños quedaban atrapados en él. Una vez que empezaban no veían para cuándo terminar. Podían pasarse horas, mesmerizados por aquellos artefactos y después ya no volvían a la normalidad, sino que procedían a cometer terribles actos de violencia contra sí mismos, como cortarse las manos con cuchillos o prenderse fuego.

El número de víctimas fatales llegó en pocos días a la centena. De repente la ciudad se vio infestada de pequeños cadáveres, que unos padres horrorizados iban encontrando uno a uno, ya fuera recostados en sus camitas, con las venas reventadas, o en los jardines, colgando de la rama de un árbol, cuando no tenían que ir a recogerlos a mitad de la

calle, a donde los niños habían ido a colocarse a propósito para ser atropellados.

Desde luego, el pánico estalló y la población no tardó en encontrar un culpable en la figura de don Pedro Pedrovsky, el comerciante de cuya tienda habían salido los famosos ‘garabatos’.

El negocio del señor Pedrovsky, sito en la calle 60, entre 45 y 47, a espaldas del hospital de las Orquídeas, hubiera cumplido este mes 40 años de haber sido inaugurado, de no ser por los aciagos acontecimientos que a continuación se produjeron.

Fue una verdadera lástima, porque hasta hace apenas unos días este personaje rollizo y bonachón era uno de los miembros más queridos de la comunidad, siempre a la vanguardia cuando se trataba de ayudar al prójimo: después del terremoto de hace cinco años, por ejemplo, decidió donar, así como si nada, la totalidad de su inventario en beneficio de las víctimas.

Únicamente unos pocos perropodrileños desconfiaban de él, sin declararlo de forma abierta, por el único motivo de que sus padres habían emigrado de Monchiborno a principios de siglo, poco después de la primera guerra intervencionista. Don Pedro y doña Marianushka, su mujer, sin embargo, nunca tuvieron problemas para hacer migas entre sus vecinos ni con otros comerciantes. Organizaban, además, unas fiestas

quincenales a las que podía llegar cualquiera y que fueron legendarias.

Pues bien, la turba obcecada marchó hasta la entrada de su residencia la mañana del martes y sin mayores prólogos lo sacaron a la calle, en pantuflas, y en seguida se dedicaron a patearlo y escupirlo en medio de gritos tan inconcebibles como ‘hechicero’, ‘monchibornés’ y ‘traidor’. Don Pedrovsky, quien apenas alcanzaba a comprender lo que le estaba sucediendo, atinó sólo a disculparse por la muerte de los niños, alegando, entre porrazo y porrazo, que él en su tienda vendía de todo, pero de todo (comestibles, herramientas de jardinería...), y que esos juguetes los había recibido una mañana cualquiera de manos de un artesano cuyo nombre no recordaba, cómo lo iba a recordar, un tipo muy alto y pálido, eso sí, que se los ofreció muy baratos, demasiado baratos, icasi regalados!, y él, como buen comerciante que era, decidió comprarlos con la idea de revenderlos, pero que fuera de allí....

Nadie lo escuchó. Lo continuaron arrastrando, esquina tras esquina, y para cuando la turba llegó a la plaza grande, ya don Pedrovsky no era más que varios pedazos de carne dispersos, un rompecabezas que uno hubiera podido revolver y ensamblar de mil maneras diferentes.

Los postreros gritos de don Pedrovsky parecían los lamentos de un buey.

El día de hoy, en la esquina de la 60 y la 47 lo que uno puede encontrar es un local vacío, con el techo desfondado y las paredes ennegrecidas por las fúricas llamas de las que fue pasto.

En la gran pira consumiéronse además los ‘garabatos’, junto con todos los demás juguetes de Perropodrido, que fueron confiscados, arrancados al punto (ila redada fue impresionante!) de todas las manos de todos los niños, por cuestiones de seguridad.

ÁLBUM

El domingo pasado las cosas flotaron, queridos lectores, las cosas PUM se despegaron del suelo, ante nuestras cándidas narices, y luego subieron y llegaron hasta las nubes, donde se hicieron polvo. No faltó quien quiso sujetarlas para que no se fueran, mas era imposible detenerlas. Ascendían, furiosas, cada vez más rápido, buscando las ventanas y las puertas abiertas para escapar con dirección nada menos que al cielo.

Recuerdo, por mencionar un caso, a una mujer que no pudo renunciar a sus alhajas y fue arrastrada junto con ellas, y después, cuando las alhajas estallaron, allá en las alturas, ella no tuvo más remedio que caer y hacerse añicos contra el pavimento.

El polvo de las cosas, el granizo candente de las cosas, llovió enseguida sobre nosotros, provocando una multitud de micros y macros incendios.

Nadie sabría decir a ciencia cierta la razón de esta catástrofe. La gente corría (me incluyo) y gritaba, yendo de un lado para otro, con la única y sorprendente excepción de los ancianos que se aprestaron, a la orilla de las calles, tumbados en sus mecedoras, con suma tranquilidad, a contemplar aquellas pirotécnicas, no mostrando la menor de las alarmas.

Cuando fueron extinguidos los incendios, a punta de histéricos cubetazos, y cuando creíamos que ya lo peor había quedado atrás, vinieron los derrumbes. Un edificio y otro y luego otro se apoltronaron (pero muy lentamente) sobre el piso, como si fueran perros, gigantescos y antiguos, que después de tantos años de haber estado de pie, sirviéndonos a las personas, hubieran optado por echarse a descansar.

Sólo entonces vino la calma, una calma cubierta de polvo y lloros.

Por la ciudad devastada, humeante y gris, comenzaron a merodear, con paso de roedores, los niños perdidos, los huérfanos, y para circular entre las calles había que ir sorteando grieta tras grieta y la verdad es que en medio de tales calamidades, queridos lectores, la única cosa que yo extrañaba, de entre todas las que había poseído (que de cualquier manera no habían sido tantas) era mi álbum de fotos familiar.

Lo había visto reventar ante mis ojos como una flor de fuego.

Era un libro grande forrado de tela gris, un poco maltratado y oloroso a cucarachas. Para ser honesto, contenía sólo dos fotos reales. Una de mi madre, en donde sale ella sentada frente a la puerta de la que fue nuestra casa, con su vestido de flores, el único vestido que en realidad poseyó. La otra

foto es de mi padre: sale él, muy sonriente (nunca volví a verlo con aquella sonrisa), montado sobre un cerdo gigantesco.

El resto de las páginas estaba ocupado por pequeñas basuritas, pedacitos de hojas, algún mechón de pelo de mi finada mujer, un par de dibujitos que hicieron mis finados hijos.

Pensé en todos aquellos fragmentos de mi memoria, volando, dispersos, por el aire enrarecido, y al verme así, abandonado por mis propios recuerdos, tuve algunas ganas de llorar, no lo niego.

Derramé un par de lágrimas azules que cuando las quise secar me ardieron en las manos, de tan calientes que estaban.

Desde luego, no era yo el único sufriente.

Había un mundo de personas más, no sólo llorando sino de plano tendidas en la calle, desangeladas, vivas aún pero grises y como a punto de volverse polvo. Gente que susurraba y gente que sollozaba. Era como si a la ciudad entera se le hubieran escapado las ganas de vivir.

No todo, sin embargo, fue sombra.

Cuando pasaba frente a la tienda de mascotas (quiero decir, lo que alguna vez fue la tienda de mascotas) vi salir por entre los bloques de piedra y las tablas quebradas, un pintoresco desfile de animalitos que habían sobrevivido milagrosamente a todas las catástrofes.

Gatos, lémures, perros, iguanas...
Avanzaban en grupo, brincando.
Por un momento, queridos lectores, hasta
me pareció que cantaban.
Taralá-tará.... Taralá-tará.... Taralá-tará...

EL ATAQUE DE LAS GUAPIS

El amable lector habrá de recordar que las tarántulas de agua (o Guapis, como también se les conoce), desaparecieron de los ríos Perropodriños hace ya más de treinta años, gracias a la desalmada gula de que fueron víctimas. Tenían un sabor tan exquisito, para su desgracia, que se habían convertido en el platillo predilecto de la gente. Por lo demás, eran tan sumisas que nunca pero nunca trataban de atacar a sus captores, ni si quiera de escapar de ellos, cuando éstos afilaban el cuchillo para destriparlas. Eran tan mansas que los niños las traían de mascotas, encerradas en peceras; cuando se aburrían de ellas las hacían polvo, simplemente, con sus cándidas manitas.

Cómo no se iban a extinguir.

Quizá recuerde también el amable lector que la Universidad de Perropodrigo, haciendo un esfuerzo sin precedentes, logró resucitarlas. Fabricaron trescientas larvas de esta especie, a partir de unas muestras de sangre que tenían guardadas, por si acaso, en un laboratorio; fue una labor titánica, amén de novelesca, llevada a cabo por decenas de científicos durante años. Dichas larvas fueron después arrojadas a las aguas de los ríos, a la espera de que dieran los ansiados-exquisitos frutos.

Pasaron los meses, no obstante, y de las Guapis no se supo nada. El experimento se pensó que había fracasado; se les dio por extinguidas, ahora sí, para siempre jamás...

...hasta hace unos días, cuando SLUSHHH, salieron del agua todas en tropel, miles de ellas, y se dedicaron a rondar por la ciudad, como por su casa, porque resultó que ahora también respiraban el aire y caminaban, las muy cínicas, y hasta volaban, algunas. Esto sí que debe recordarlo el amable lector, ya que, en primer lugar, sucedió hace poquísimo, y en segundo porque además de anfibia, esta nueva versión de las Guapis ha revelado ser hostil en grado sumo. Traen un par de aguijones en la parte posterior, de los que antes carecían, y por enfrente, además del triple de ojos (color frambuesa, brillantes), ahora cargan una trompa chupadora repleta de pequeños colmillitos. El contacto con su pelo (ya no son lampiñas) da una comezón supurante y aunque hasta el momento nadie ha querido comérselas, es de suponerse que el sabor (otrotra picoso y dulce) debe ser amargo y repelente.

Aquella mañana, por mera coincidencia, celebrábase las fiestas de San Sansán y todos los que habían salido a bailar a las calles vieron su jolgorio interrumpido por aquellas esperpénticas criaturas. Por ahí me encontraba también yo, queridos lectores, pues había quedado de verme con cierta dama junto

al kiosco de la plaza. No di con ella por ninguna parte, menester es decirlo. En cambio, me vi rodeado por la multitud que gritaba y corría, y por las Guapis que revoloteaban de un lado a otro, lanzando agujonazos y escupiendo su veneno.

Frente a mí, a unos cuantos metros, recuerdo haber visto a una señora que gemía yo no sé si de dolor o de placer, con la espalda cundida de aquellos engendros que la picoteaban TIQUI TIQUI TIQUI. Unos pasos más allá, un muchacho lloriqueaba tirado en el piso. Las Guapis le habían ensartado treinta o cuarenta agujones en las piernas y los brazos; otras más todavía se ensañaban en chuparle-morderle la nuca. El muchacho manoteaba inútilmente, sin ton ni son, restregándose contra una piedra. Pensé, y sólo eso, en ayudarlo, pero estaba tan bien en su papel de víctima, tan esférico en su martirio, que al final opté por dejarlo así como estaba.

Y pensaba ya en regresar a mi habitáculo, cuando una Guapi vino a chocar contra mi rostro. La sola imagen me subleva. Fue un combate breve. Sangriento. Conseguí despegármela y tirarla al suelo, donde la reventé a pisotones, pero acabé con la nariz y las mejillas cubiertas de ronchas, y con vísceras multicolores pegosteadas en los labios y las manos, que me fui limpiando contra el pantalón, mientras me distanciaba de la barahúnda.

Al llegar a mi cuarto, lo primero que hice, después de trabar el seguro en la puerta, fue prender el radio.

Hace ya tres días de eso. Tres mugrosos días. No he vuelto a salir a la calle ni tengo planes de hacerlo. Contra mi ventana, esporádicamente, se estrella uno de esos bichos. El radio transmite más que nada ruiditos: shhhh, trrrrr, bip bip. Pero de cuando en cuando se discierne alguna voz entrecortada que anuncia, balbucea, mejor dicho, las noticias.

Las más relevantes (las que he podido escuchar bien) hasta el momento, son:

Que las fiestas de San Sansán han sido pospuestas hasta nuevo aviso.

Y que la noble Universidad Perropodrileña ya trabaja en la fabricación de otro animal, más bruto, que se encargue de las Guapis, ide barrerlas para siempre! *“Pulpito Matón, llevará por nombre. Echará fuego por la boca y tendrá tentáculos de varios colores provistos de espinas”*, declaró (eso creí entender) un temerario grupo de científicos.

EL MAGO CHICOCHENKO

...reconocido en todo el mundo (como uno de los peores), causó sensación la semana pasada cuando hizo desaparecer, sin más preámbulo que unos cuantos pases de sus manos enguantadas, un zepelín completo con 43 personas a bordo... POW, se esfumó la elefantésca nave y los espectadores, entre los cuales me hallaba, prorrumpimos al momento en aplausos que se prolongaron por cerca de treinta minutos, al cabo de los cuales el gran Chichochenko hizo una genuflexión y pasó a retirarse. Fue detenido, claro está, por los parientes de los pasajeros del zepelín desaparecido, que exigían su reaparición.

-¡Pero cómo!.. ¿Esperaban que yo...?- alcanzó a balbucear el muy cazarro antes de ser masacrado a puntapiés por la desesperada turba.

El zepelín, queridos lectores, estense tranquilos, volvió a nuestro mundo unas cuantas horas después.

Aunque no en las mejores condiciones... de hecho, en las peores condiciones posibles, es decir: en plena cancha del estadio de fútbol de Perropodrido, justo cuando se jugaba la final del campeonato entre Las Ratas de la Ñonga y Los Perrunos del Barrio Prístino. BAM, de pronto, allí, a medio campo....

aquella nave gigantesca. Los ánimos, de por sí caldeados, acabaron por arder y los fúricos hinchas de ambos equipos trabaron combate.

Entretanto, por la escalerilla de la nave iba descendiendo un desfile de penosas monstruosidades. Adheridos entre sí, empotrados unos en otros, revueltos como blanquillos, así retornaron los infortunados pasajeros. Uno de ellos era nada más que un racimo de brazos. Otro, malsurcidas en la espalda, cargaba tres cabezas parlanchinas. Uno más gritaba con sus veinte bocas maldiciones al mago Chicochenko. ¿A qué región del inframundo los había mandado por error? ¿A qué martirios los había expuesto sin querer?

La magia es cosa seria, no pude menos que concluir, justo antes de que la trifulca futbolera, incontenible, me empujara contra una baranda y me hiciera brincar para evitar un silletazo. Con cuánta rabia (digna de mejor propósito) bregaban los fanáticos de un bando por defenestrar a los del otro.

Las maldiciones que intercambiaban hiciéronse cada vez más primitivas, hasta el grado de convertirse en ladridos y chillidos. Los propios contendientes, ante mis cada vez menos ingenuos ojos, poco a poco fueron animalizándose. Brotáronles colmillos y pelajes y después de unos minutos en lugar de personas lo que había en las gradas del estadio eran dos ejércitos, uno de perros y otro de

ratas, que se batían a mordidas y coletazos: tanto furor deportivo los llevó al extremo de involucionar.

Una vez que hubieron hecho añicos el estadio (incluyendo a los propios futbolistas por los que peleaban) el remolino de rabiosas bestias acabó por salir a las calles y en un tris, olvidados ya de su querella, tal vez aburridos de guerrear entre sí, dedicáronse mejor a molestar a los viandantes.

De pronto las parejas de enamorados no podían sentarse a conversar en los parques porque al punto eran acosados por estas horrendas criaturas, ni los poetas podían a gusto deambular a la orilla del río, embebidos en métricas y ensoñaciones, porque a la menor distracción una cuadrilla de estos demonios, por hablar eufemísticamente, se les iba encima.

La situación, tolerada en principio, llegó a ser inadmisibile.

Fue entonces cuando la Intachable Asociación de Damas Perropodrileñas tuvo que intervenir. Con el apoyo de la fuerza pública este insigne grupo de señoras hizo capturar a toda esa horda de alimañas, que hoy se encuentran recluidas en el Centro de Readaptación 54, y donde deben estar ahorita, mientras lo escribo, recibiendo toda suerte de terapias y entrenamientos.

De acuerdo con los reportes emitidos por La Intachable, tanto a ratas como a perros les han sido cortadas las orejas y las colas, además de la pelambre, y se espera que al final del programa

sepan expresarse correctamente en francés, bailar danzón y tomar el té (sin azúcar) mientras platican de historia del arte...

NOTICIA DE ÚLTIMO MINUTO: una de nuestras insignes damas acaba de ser mordida en la boca (perdiendo con ello dos dientes y medio labio superior) por una de las ratas, justo en el momento en que trataban de enseñarle a conjugar el verbo *manger*. La Dama (doña Fredegunda Masiosare, según los rumores) en venganza la destripó a pisotones pero enseguida se arrepintió y procedió a ofrecer disculpas por el arrebato.

Seguiremos informando.

LOS TESOROS

Operaba en la ciudad, hasta hace pocos años, un ejército de vagabundos desesperanzados (eran de verse los harapos con los que intentaban malcubrirse) dedicados exclusivamente a pepenar un cierto tipo de basura, informe y maloliente, que por evitar mayores elucubraciones, hemos de llamar Tristeza. Iban de dos en dos, visitando casa por casa, y le ofrecían a los residentes el tan singular servicio:

-Damita, señor- decían mientras que con el sombrero se espantaban las inevitables moscas-cualquier pesar que usted abrigue, incluso en los rincones más profundos de su alma, nosotros, mi colega y yo, se lo arrancamos, tal como lo oye, ise lo pepenamos!-los posibles clientes levantaban de golpe las cejas.

Continuaba el Vagabundo:- Tendrá usted que darnos permiso de, ya sabe, hurgar un poco, sólo un poco, en las entrañas de su corazón, labor que puede resultar un tanto impúdica. Eso sí, le prometemos que pasado el trance usted será feliz, total y monstruosamente feliz. Y todo ello por el costo de nada.

Eran pocos, casi ninguno, los que resistían la tentación.

Tras alguna breve y más bien teatral melindre, daban su consentimiento.

El trabajo raras veces tomaba más de quince minutos.

Era así.

Uno de ellos iba aletargando al cliente con melifluas tonadillas, mientras el otro se dedicaba a realizar una serie de pases y a bailar en torno, a llevar a cabo, pues, toda una faramalla de brincoteos y alaridos, que al cabo de breves minutos rendía sus primeros efectos.

El paciente (que yacía metódicamente sentado), comenzaba a salivar con copia, se le viraban los ojos y era repentina presa de unas convulsiones que iban in crescendo de manera por demás horrible, hasta que al fin culminaban cuando de su boca BLUURRPSSSH salía disparado un chorro de vómito negro, un chapopote maloliente, espeso y granuloso: BLUUURSSPHH.

Los Vagabundos con gran meticulosidad recogían todo aquello, echando mano de espátulas y cucharillas, en unas bolsas especiales de lona, y limpiaban luego diligentemente el piso, las paredes, al mismo cliente, si era menester, hecho lo cual se retiraban en silencio y parecía que nada pero nada hubiera sucedido. Ni un indicio de su paso había quedado.

Cuando el cliente recobraba la conciencia ya era otra persona. En su alma no había más penumbras, (¿qué era una 'penumbra'?), ni espinas ni contornos bruscos que laceraran, absolutamente no, sino que todo era de una claridad y de una suavidad pasmosa. En el rostro de esta persona nueva, entraba a vivir, como un pájaro en una jaula, una sonrisa tenue, casi imposible de apreciar, de tan pura.

¿Y qué hacían los Pепенadores Místicos, como también se les llamaba, con toda la Tristeza Perropodrileña que habían recolectado? Pues bien, la llevaban hasta el malecón y la tiraban al río.

¡Cuánta nobleza!, no faltará quien exclame, ¡Cuánto amor al prójimo!

Yo mismo hubiera persistido en tal ingenuidad graciosamente, de no ser porque... ¡Hado fatal! ¡Soy periodista! Y no puedo, aunque lo intente, atemperar mi natural inquisitivo.

Dime a la tarea de espíarlos, una cierta mañana (era tan joven entonces) y esto fue lo que descubrí.

Los Vagabundos, es verdad, echaban toda la tristeza al agua, pero antes hurgaban en ella ¡Sí, señores, agazapado en mi escondite (el muñón de lo que antes había sido un monumento) pude ver cómo efectivamente introducían las manos, los brazos enteros, en aquel chapopote, extrayendo de él, después de un rato, nada más y nada menos que diamantes!

Tal cual, apreciados lectores: de la más oscura podredumbre sacaban diamantes.

Y no sólo eso, pepitas de oro, gemas y rubíes y...

Mi asombro, no tengo ni qué decirlo, fue mayúsculo. Casi me voy de espaldas.

¡Con que la Tristeza Perropodrileña estaba henchida de tesoros!

¡Con que no eran aquellos Vagabundos ningunos angelicales Pepenadores de la Desgracia sino, en realidad, unos viles ladrones de joyas, joyas espirituales!

En medio de unas risitas ratunas vi cómo resguardaban su botín, entre sus propias ropas, y luego cómo retornaban a la ciudad para seguir ejecutando sus atracos.

Yo permanecí mirando un rato la corriente del río Melancólico, en medio de confusas y dolorosas reflexiones, durante largos minutos, hasta que por fin llegué a la siguiente, inflexible, resolución...

No dejaré que nadie me robe mi tristeza, nadie meterá las manos en los albañales de mi alma, nunca.

¡Mi tristeza es mía, de nadie más!

El río, que sin duda escuchó mis pensamientos, me tomó entonces de un brazo y trató de jalarme hacia él, como diciendo: bienvenido seas.

Logré zafarme, no sin algún esfuerzo, y me alejé corriendo de allí.

LA BATALLA DE LAS BELLAS

Hacía un calor aplastante en el Gran Foro Sacalacawicha, un calor desvergonzado, de esos que te exprimen como si fueras una naranja. La gente rugía, ladraba, maullaba. ¡Un hervidero! Se trataba de encontrar a la muchacha más hermosa de Perropodrigo. Para eso nos habíamos congregado, para ser testigos de la peculiar batalla.

En el centro del Foro hallábase instalada una pirámide, en la cima de la cual había una silla, un trono dorado, mejor dicho, que iba a ser ocupado por quien resultara ser la más hermosa.

Cada uno de los diecisiete barrios de Perropodrigo había mandado una representación. El barrio Caraculo, el de La Ñonga, el barrio Prístino, el misterioso barrio Lóbrego... etc. Las diecisiete muchachas fueron entrando por una pasarela y rodeando la escalonada pirámide, con la cara vuelta hacia el público, al que saludaban agitando sus alevos brazos, enarbolando cada una su más radiante sonrisa. Yo estaba sentado por ahí de la fila cincuenta (porque había llegado tarde) pero aun desde allí, con la ayuda de unos catalejos, me fue dado apreciar con detalle los rostros, las siluetas, de nuestras embajadoras; debo decir (la honestidad me gana) que eran todas unos esperpentos.

Consistía su horripilancia en que llevaban encima unos vestidos retacados de lentejuelas y colgajos

multicolores, la cabeza la traían recubierta por unos tocados de pedrería rebuscadísimos y en los rostros empolvados, para terminar, portaban no una sonrisa sino la caricatura, la hermanastra loca de una sonrisa. Daba miedo aquello, si uno lo miraba con atención.

Pero la gente RRRRugía, insisto, echaba porras, gritaba -como si fuera lo último que fueran a gritar en su vida- el nombre de su barrio; se escupían y cacheteaban unos a los otros, medio en broma medio en serio, al tiempo que agitaban banderolas y... PRAC

Se escuchó un disparo y la batalla comenzó.

La representante de Caraculo (que es, por cierto, el barrio donde yo vivo), una muchachita escuálida, de grandes ojos claros, que soportaba sobre sí un peinado... un masacote incluso más grande que ella misma, y cuyas lágrimas de incertidumbre ya la habían desmaquillado, fue la primera en caer. Le fue infligido, no sin arte y discreción, un gancho al hígado, por parte de la embajadora de La Ñonga.

Los habitantes de Caraculo, excepción hecha de quien esto escribe, bramaron al punto, coléricos, y provocaron algunas trifulcas que por suerte no pasaron a mayores.

Las dieciséis competidoras restantes continuaron escalando la pirámide, no curándose de nada, y en su camino a la cima, iban haciéndose trizas unas a otras. De eso trata el concurso, ni más ni menos: con sus propias uñas y dientes (las armas de

fuego quedaron prohibidas hace algunos años) cada embajadora debe reducir y liquidar a las demás. Uno desde la grada ve salir volando, por aquí, por allá, los retazos de cuero cabelludo, los jirones de vestido, hasta un desorbitado ojo, de cuando en cuando. Los miembros de un jurado calificador (compuesto por expertos perropodriños en materias como lucha libre, moda y buenos modales) hacen entretanto un intercambio de opiniones, realizan apuntes... Cuando una competidora, por ejemplo, llora de una manera poco elegante o si en algún momento se exagera, perdiendo la compostura, puede ser descalificada. La batalla de las bellas debe pues desarrollarse con el mayor candor posible, siguiendo el compás de una música tonta (canciones de niños) que se desparrama por los altavoces.

¡Y no pueden las combatientes, aunque estén despedazándose, ni por un momento dejar de sonreír!

Después de un par de horas, de las diecisiete que habían iniciado, quedaban sólo tres, la del barrio Prístino, la de La Ñonga y la del barrio Lóbrego. Las demás andaban por ahí rodando, escalinata abajo, hechas unos monigotes, o habían sido removidas de la escena por los paramédicos.

El final de la batalla fue sangriento, como de costumbre.

La representante del barrio Prístino (el de los pudientes), una muchacha blanca de mirada

fuliginosa, con gran fililí, así como sin querer, como sin darse por enterada, le rebanó con las uñas un buen pedazo de labio a la representante de La Ñonga, quien no pudo evitar emitir (además de un chorrizo de sangre) un grito que más bien fue un gañido simiesco; en seguida recibió una patada en el vientre (so color de fino paso de ballet) que la despeñó de la pirámide, haciéndola rodar como un bulto, escaleras abajo. A la otra finalista (la representante del barrio Lóbrego) no tuvo la del Prístino ni que tocarla porque solita del espanto se desvaneció.

Riendo con donaire, la Victoriosa ocupó la silla, le enjaretaron la corona (un trasto de metal horrible) y fue aplaudida por la multitud. Ella saludaba y saludaba. La noche perropodriña, que había caído de sopetón, se inundó entonces de flautas y tambores, de botellas de cerveza rotas contra el suelo, de anatemas y piropos. Este cronista, tratando de no vomitar, salió corriendo del Gran Foro, a paso raudo, en dirección a su cuartucho de azotea, donde iba a redactar este preciso texto, cuando se topó, en alguna callejuela, bajo un farol, con La Muchacha (ésta sí, en serio) Más Hermosa de Perropodrido.

¡Qué hallazgo y qué celestial gozo! Tenía los largos cabellos rubios enmarañados, la cara sucia de tierra, y la ropa (una blusa gris, una falda amarilla) enteramente arrugada. De haberme acercado lo suficiente, no lo hice porque me faltó el valor, hubiera

percibido también, estoy seguro, un sensual aroma rancio. Lo que sí pude apreciar es que fumaba lo que se conoce como un porro y tarareaba, en voz muy bajita, una vieja canción crepuscular.

En torno a la Belleza (esto fue sin embargo lo más impresionante) no había ninguna turba enloquecida sino, al contrario, una hermosa, paradisíaca tranquilidad.

MARIANO SILVANO

Mariano Silvano escribió, hace más de un par de siglos, un libro (*Caballo Sin Jinete*) que cuando se publicó, fue tachado de cursi y de aburrido por la mayoría de los lectores. Dijo un crítico: una novela tan triste que da asco. Dijo otro: yo en la cuarta página no pude más, vomité. Yo vomité hasta la veinticinco, secundó un tercero, y en la treinta lloré de rabia. Yo en la primera morí de risa, luego me ganó el sueño y lo dejé estar, dijo un cuarto... Los críticos en aquel entonces no escribían (no abandonaban aún su condición parasitaria, de hecho los llamaban así: parásitos), lo que hacían era desfilan por la ventana del escritor (que podía ser Mariano Silvano o cualquier otro) y le susurraban, como no queriendo la cosa, un comentario punzante tras otro y el escritor los escuchaba, qué remedio, sin concederles demasiado crédito, poniendo a veces cara de matón con el fin de asustarlos, pero en el fondo, en sus intestinos, el escritor casi siempre sentía como un hundimiento. Así pasaba por lo general.

Ahora bien, el de Mariano Silvano fue un caso distinto porque Mariano Silvano estaba loco de una clase de locura que en aquel momento ni siquiera había sido tipificada. Hay que recordar que todo esto sucedió hace más de un par de siglos. Y, por ejemplo,

cuando un párrafo no le gustaba, Mariano Silvano se mordía un dedo ñam ñam con tal fuerza que en ocasiones incluso se lo arrancaba. Dicen que un día, tras haber leído una novela suya que acababa de terminar (cuyo título probablemente fue *Desiertos Como Monstruos*), experimentó una desilusión tal y un desprecio por sí mismo tan grande que de una sola tarascada se desprendió no un dedo sino la mano derecha completa, que era con la que escribía. Desde entonces lo llamaron El Manco Sonso.

La redacción de *Caballo Sin Jinete* le tomó veinte años en total, un tiempo extraordinariamente prolongado para las sesenta páginas que lo componen y las razones de dicha demora, según los expertos, pueden ser, en primer lugar, que utilizó la mano izquierda (siendo él diestro) por no quedarle más opción y en segundo lugar que padecía de unos frecuentes y devastadores ataques de desamparo que lo postraban irremediablemente en su catre, impidiéndole empuñar ya no digamos la pluma y el tintero, sino incluso la cuchara. Durante estos oscuros periodos de fatalidad el escritor perdía peso, le crecía una barba rizada y maloliente, criaba lombrices en las axilas y, en fin, terminaba sumido en una suerte de pozo inmundo del que solamente la ayuda de sus dos o tres amigos incondicionales conseguía rescatarlo.

CSJ, la Hoy Tan Celebrada Novela, es (como todo el mundo sabe o debería saber) la historia de

Gavrilo, un equino loco y solitario que sueña que tiene aventuras y que en efecto de vez en cuando las tiene, aunque no tan heroicas como él -rocín escuálido y sin aparejos- quisiera imaginar. El cariz de los enredos puede ir de lo sexual hasta lo filosófico, pasando por lo militar y lo farandulesco. Y cuando todas las dichas vertientes confluyen (ejemplo claro es el cap. XXV, tan desmenuzado por los académicos, en donde Gavrilo, metido de actor de una obra cómica sobre la Guerra de los Trece Años, pierde la noción de la teatralidad y embiste -la verga erecta- contra un infeliz tramoyista, alucinando con las generosas grupas de una yegua donde sólo hay un gigantesco abdomen), es cuando la historia alcanza sus mayores cotos de profundidad y de poesía.

Luego de sufrir la indiferencia, cuando no el franco desprecio de sus congéneres (los otros caballos relinchan de risa al verlo pasar, las yeguas ni siquiera eso), Gavrilo opta por marchar hacia el Oriente y en efecto logra, no sin grandes trabajos, embarcarse en el *Rey del Océano* y atracar -azaroso viaje de por medio- varios meses después, en el puerto de Bandubia, en donde se dedica principalmente a seguir sufriendo penalidades y donde lo más interesante que le ocurre es que un bandido borracho (el singular Macheró) se apodera de él, para montarlo y torturarlo sin descanso.

Hasta que una mañana, después de largas horas de desenfrenada juerga, mientras Machero duerme como una criatura encima de sus propios vómitos, Gavrilo aprovecha para escapar.

En la calle sólo encuentra más desolación.

Se pone entonces a escrutar el firmamento, en la ferviente espera de un prodigio, de alguna clase de Llamado, que no parece querer producirse. ¡Un par de lágrimas está por irrumpir, cual un dúo de personajes histéricos, en el escenario de sus ojos caballunos!... cuando de súbito, una bulla explota en la calle y el cielo, como por arte de birlibirloque, se inunda de cometas de papel.

Es nada menos que la primavera, que ha hecho su arribo, provocando en Bandubia una celebración carnavalesca. Hay canciones, bailes, comida. Gavrilo relincha, elevando los cascos; la gente le aplaude. Todo es felicidad.

Aquí se oye un clamor. Y resulta que uno de aquellos cometas, arrastrado por un viento fúrico, ha terminado por arrastrar a su vez al infeliz niño que lo sujetaba, remolcándolo consigo por los aires.

Ahora -piensa Gavrilo-, ahora es cuando ´, y da en perseguir, las crines erizadas, al niño y al cometa por las calles de Bandubia, ante los admirados rostros de sus habitantes.

El cometa desbocado levanta más el vuelo todavía, se pierde para siempre entre las nubes, pero

he aquí que la cuerda se rompe y el niño cae cae cae...
TRAC, sobre la heroica nuca de Gavriilo.

Ambos mueren.

Este archiconocido pasaje final de *Caballo Sin Jinete*, que hoy es objeto de ensayos, tesis y de toda una serie de minuciosos estudios, fue en su momento considerado como una *aboutade* imperdonable, producto de las pavorosas condiciones tanto pecuniarias como psicológicas que torturaban la existencia del autor.

El manuscrito (en total 83 folios estrujados, llenos de una letra enorme y retorcida que de pronto se resbala por los bordes), da también constancia de ello.

La novela, se sabe, pasó con mucha pena por el panorama literario Perropodrileño, siendo pasto de la mordacidad de los críticos, de la mofa de los otros escritores (que no pergeñaban sino libros de oraciones) y de la indiferencia de los infames lectores, que en aquel tiempo de por sí no abundaban. Ahora bien, de todo ello Mariano Silvano jamás tuvo noticia, pues ya por entonces había perdido la razón, y las dos manos, a punta de furiosas tarascadas.

Pasó los últimos meses de su vida bajo los tiernos cuidados de Amatista Roberta de Silvano, su joven y (suponemos) demacrada esposa y murió como solían morir los genios hace más de un par de siglos, es decir: miserable, en el más negro de los olvidos.

SALCHICHONE

El escenario se hallaba (excepto por tres espantables jazzistas que parecían traídos del infierno directamente) vacío como el alma de este humilde cronicador, cuando irrumpieron, en medio de gritos y pataletas, nueve payasos locos. AAAAAAA, gritaban, AAAAIIIII.

Uno de ellos, de nombre Salchichone, había perdido su nariz roja (que es como decir que había perdido un brazo), y todos, él y su banda de enfermos amigos, la estaban buscando.

Y su búsqueda consistía en que gritaban sin parar como desquiciados y daban maromas como hijos de puta, y se jalaban los cabellos y se abrían con los dedos las mandíbulas como queriendo destrozarse los rostros ellos mismos, de la desesperación.

AAAAAAIIIII...

Los niños (el teatro estaba lleno de estas alimañas), atraídos por el dolor de los payasos, por la angustia de los payasos (manjar infantil invaluable) corrieron por entre las butacas (varios de ellos por encima de los pies de quien esto escribe), con las manos crispadas y los dientecillos relumbrando de codicia, hasta el escenario, al que no dudaron en encaramarse.

Al verse rodeados, los míseros payasos no atinaron más que a redoblar sus gestos de impotencia y... la masacre fue total. Es de verse con qué furor

puede un escuincle arrancar una pierna, desgarrar un brazo, devorar un rostro. Recuerdo sobre todo, con aberrante nitidez, el placer con que una princesita, que no debía pasar de tres años (pantaloncitos negros, moño amarillo), le destrozaba el cráneo a un payaso caído, mientras que otra le esculcaba a conciencia las tripas, en busca, tal vez, de algún caramelo.

Entretanto, los papases de estas criaturas desbaratábanse en aplausos y los músicos malditos, allá al fondo –chelo, acordeón, clarinete–, corrían sin moverse, corrían sin que les temblara un pelo, volaban pero sin despegarse ni un centímetro del piso, montados en sus instrumentos, tras el paroxismo, tras el caos, como corresponde: tarará tirirí tarará tirirí plom bum paz tirirí...

Con las panzas llenas, relamiéndose las bocas batidas de sangre, los niños abandonaron por fin el escenario (que dejaban sembrado de jirones payasescos) y fueron a tomar las manos de sus padres, quienes los recibieron orgullosos, con besos, muchos besos.

El tropel salió felizmente del teatro.

Este cronicador contempló por unos instantes la escena de nuevo vacía (creyó ver su alma) y sintió la tentación de tomar una foto, pero resistió.

De la nariz de Salchichone, por supuesto, ni sus luces.

TOMASA

Regresaba de comprar el pan esa mañana cuando vi un puñado de niños en una esquina, jugando. Daban saltitos, gruñían, aplaudían como soretas. Como soy un metiche, me acerqué para ver de qué trataba el juego.

Pues bien, estaban macheteando un perro, los inocentes. Ya le habían trozado la cola y hecho trizas las cuatro patas. El machetillo con que le daban iba pasando de mano en mano. ¡Yo sigo, yo sigo!, gritoneaban los adorables, como si en lugar de un perro lo que estuvieran rompiendo fuera una piñata. Por desgracia, cuando yo al fin me sobrepuse del asombro, uno de ellos ya le estaba propinando un tajo en plena cara. Los aullidos que soltaba el perro no hay para qué describirlos. Eran como los aullidos de un corazón desnudo.

Hice lo que cualquier persona sensible hubiera hecho. Me puse a repartir coscorriones. Al que sujetaba todavía el machetillo se lo arrebaté de las manos y lo amenacé blandiendo el filo sobre su cabeza; los demás niños echaron a correr igual que ratas apedreadas. Yo estaba por bajar el arma e improvisar un discurso acerca de la hermandad metafísica de todas las criaturas vivas (tal vez le sirviera de algo al escuinle) cuando del otro lado de

la calle apareció un ejército de madres enfurecidas. En realidad eran sólo cuatro, pero tan inmensas, que parecía cada una un batallón.

¡Salvaje!, gruñeron, iloco perdido!

Retrocedí, sin soltar el machete.

El niño demoníaco (no se me ocurre otra palabra para referirme a él) corrió hacia los tremebundos brazos de su madre y fue abrigado por ellos como por dos boas constrictor.

¡Lo vamos a despedazar a usted, para que aprenda!, gruñeron las distinguidas mujeres.

Y lo hubieran hecho, no hay duda, de no ser porque entonces el perro masacrado, que por unos momentos no había dado señales de vida (yo pensaba que había muerto) lanzó un quejido casi humano. Las madres, olvidadas de mí, bajaron los puños, limpiaron la baba rabiosa que les escurría por los mentones y observaron por unos instantes la sanguinolenta masa de pelos.

¡Vean, vean qué preciosidad!, les dije. Pensé que lo entenderían, que se indignarían igual que yo, pero sólo respondieron: ¡es un perro!

Dicho esto, se alejaron lanzando gruesos y multicolores escupitajos; de cuando en cuando volteaban y me asaeteaban con sus oscuras miradas y me hacían sentir que yo era el peor de los tontos de esta bendita ciudad.

El perro, descubrí tras un breve examen, era en realidad una perra. A pesar de las heridas insistía en respirar, la muy necia; la llevé corriendo al veterinario, quien no la pudo salvar pero de todas formas me cobró. De suerte llevaba unos cuantos billetes en el bolsillo. Iban a ser para un tacuche nuevo. Ni modo.

El cadáver fue a dar la basura y fue una lástima porque yo mentalmente hasta le había puesto nombre. Se iba a llamar Tomasa. Nos íbamos a llevar tan bien.

LOS NEGROS DEL RITMO

No hay un solo perropodriño de hueso colorado que no los haya escuchado tocar.

Se plantan a diario con toda su parafernalia en las inmediaciones del mercado Paco Suárez, que desde la mañana hasta bien entrada la tarde es un hormiguero. Allí los ve uno, instalados al borde de las banquetas o de plano en la calle. Quién sabe cómo no les ha pasado un carro por encima.

Voz, timbales, batería, guitarra, pianoforte. Verdad es que se especializan en tocar melodías tropicales, mayormente cumbias (éxitos de renombrados conjuntos como Los Amartelados, Los Costeños Maldicientes, Los Papagayos Grises o la orquesta del recientemente fallecido Pacho Pecho, entre otros) pero nadie que sepa algo de lo que sea podría negar que Los Negros hacen suyo cada tema, no sólo porque incorporan arreglos de su propio ingenio sino además por las tan singulares interpretaciones que el vocalista y líder Walter Soberano nos brinda con su voz de gorila moribundo. Encima se dan la libertad de modificar el título de las canciones y de trastocar las letras a placer.

Este cronista se declara admirador de Los Negros del Ritmo desde la primera vez que los oyó. Iba de camino a la oficina de un colega cuando

de repente me los topé... me vi, mejor dicho, atrapado en medio del puño de personas que se había detenido para escucharlos y además para contemplarlos porque la sola visión de Los Negros ya da para entretenerse un rato.

Resulta que son ciegos.

Lo cual, aunque ellos no lo sepan, les otorga un atractivo especial. Por lo menos yo (no creo ser el único) disfruto mirando ciegos. Me gusta ver cómo no ven, cómo se buscan entre las tinieblas. Un ciego atornillando los tambores de una batería. Un ciego diciendo ´hola, cómo están´. Un ciego sintiendo (leyendo, como si de un libro se tratara) los dientes blancos y negros de un teclado.

Desde aquel primer casual encuentro cada que voy pasando por el mercado, así sea muy temprano o de noche, inconscientemente los busco y si los encuentro me quedo a escuchar lo menos dos de sus interpretaciones, no importándome si llevo prisa.

Puede que mi predilecta sea la celebérrima *Perros contra gatos contra ratas*, que Los Negros han retitulado, con acierto, Perrogato. La canción cuenta, como es fácil inferir, un pleito de animales callejeros que en nada se distingue de un pleito entre seres humanos. Al final nadie gana, la trifulca nunca termina, el chiste de la cumbia es escuchar la narración de la misma, salpicada de sabrosos

localismos perropodriños, con el añadido, cuando es ejecutada por Los Negros, de una suerte de subletra hecha de aullidos, maullidos y ladridos que se intercambian entre la voz y el timbal, entre la guitarra y el piano, incluso entre los propios fascinados espectadores.

Otra pieza memorable es *Morena Mala* (originalmente *La Traición de Mi Morena*), tema que popularizaran Los Costeños Maldicientes hace más de veinte años, y que Los Negros han rescatado y, recalco, reinventado. Pensada para ser una canción chusca (un plomero sorprende a su novia desnuda entre los brazos de un colega), llena de metáforas amorosas y giros obscenos, en las manos y los instrumentos de nuestros artistas pierde cualquier atisbo de comicidad y se reviste de acentos dramáticos. Envidia, soledad, resignación, rabia, todo esto Walter Soberano nos lo comunica entonando la letra como sin ganas, como si algo ¡ALGO! lo estuviera forzando a cantar. Pero qué, se pregunta uno. ¿La necesidad, el ruido de los coches que pasan zumbando, el Amor, así con mayúsculas? Walter ni siquiera tiene que levantar la voz y prescinde de casi todas las metáforas. La gente cuando escucha *Morena Mala* -he sido testigo- no sabe si bailar o llorar, algunos concluyen por bailar llorando. Siempre hay alguien que baila, diría Melendo Meléndez.

Tin tin pum pum.

Cosa de cinco minutos les toma calibrar sus instrumentos.

-Buenos días, bonito público, soy Walter.

-¿Bonito? Han de estar bien pinche feos-
interviene Charly, el timbalero.

-Tú ni digas nada que tampoco ves.

-No los veo pero los huelo- dice Charly
abanicándose las narices.

-¡No será que te hueles tú mismo!

-Ni te limpias cuando cagas- ríe doña Bertha
(la pianista).

Cumplida la rutina cómica, Walter, con suma formalidad, le hace saber al público cuál canción van a tocar, quién la compuso, en qué año y todos esos datos que seguramente a nadie le interesan.

Durante la primera melodía, justo es decirlo, nadie baila: sólo miran, con los brazos cruzados. No es hasta que inicia la segunda canción cuando van apareciendo las primeras parejas en la pista de baile. Por cierto: ide dónde sale una 'pista' cuando apenas hay espacio para estar parado entre el barullo de los tenderetes, las verduras tápidas regadas por el pavimento, los carros que pasan, y los perros y los gatos vagabundos! El novio baila con la novia, el tío con la sobrina, la vendeverdura con el vendepescado, el policía, los viandantes, los locos inunca falta un loco!, en fin, nadie se queda fuera.

No es raro que el rebumbio se extienda hasta media calle, provocando los conflictos viales atinentes: pitidos, mentadas de madre y en medio de todo parejas huaracheando; un carnaval, para pronto, que entre dos o tres agentes de tránsito con grandes trabajos logran contener.

-Sos un fenómeno- recuerdo que le dije a Walter.

-¿Un fenómeno?

-¡Resplandeces!

-Caramba.

Me dieron cita para platicar con ellos, luego de mucho insistirles, en el puesto 9k del segundo piso del mercado Paco Suárez, un miércoles a las cuatro de la tarde. Llegué puntual, cosa rara en mí. El pasillo donde se ubicaba el dicho puesto brillaba de tan oscuro y sucio, de tan despoblado y silencioso. Tenuemente se escuchaba uno que otro murmullo/risita. Llamé a la puerta del 9k, en vano, durante media hora. Otra media esperé, yendo y viniendo por el pasillo... Estaba por marcharme, desilusionado, cuando los vi. Tres figuras (y una cuarta en la que no reparé al principio) recortadas en la penumbra, inconfundibles. Walter, un niño que resultó ser su hijo y doña Bertha; mientras iban acercándose, arrastrando los pies, me di cuenta de que no sabía cómo saludarlos y sentí lo que sentimos los periodistas con tanta regularidad: que era un perfecto intruso.

Cuando estaban a dos metros de mí, el niño hizo unos ruiditos (cof cof); Walter levantó la cabeza, que tenía gacha, y dijo:

-Buenas.

-Hola- dije.

Doña Berta (no se molestó en saludarme) sustrajo de su escote una larga y al parecer pesada llave, que procedió a sumir en la puerta.

En el interior costaba trabajo percibirlo pero había una bombilla encendida proyectando una luz espesa, que al discurrir de los minutos fue aligerándose y permitiéndome apreciar los montones de instrumentos apilados.

-Sit down- dijo Walter, cosa que hice, allí donde pude. El niño, de unos diez años, atravesó la estancia y fue a recostarse detrás de un escritorio, sobre el cual tendió las piernas; abrió una revista y no supimos más de él. Doña Bertha ocupó un sillón junto a la puerta y Walter una silla de madera frente a mí. Vi que apoyaba una mano sobre algo que parecía una canasta y que de hecho, como descubrí más adelante, era una carreola.

Traté en un principio de expresar la admiración que sentía, pero mi discurso fue deshilvanado y escabroso. Comenzó a temblarme la voz. Al final desistí y me dediqué a realizar mis preguntas del modo más escueto que me fue posible...

-¿Desde cuándo existe el grupo?

-Diez años- dijo Walter.

-¿Quiénes lo fundaron?

-Doña Bertha y yo. Luego fueron llegando los demás.

-¿Y por qué son ciegos todos?

-No entiendo tu pregunta- dijo Walter tratando de sonreír- No es necesario ser ciego para tocar aquí. Mi hijo, por ejemplo- y señaló, sí, señaló al niño que seguía tras el escritorio concentrado en la revista- no tiene ceguera y toca los timbales, a veces. La gente que conozco, los músicos que yo conozco, son ciegos, nada más.

-Entonces no es un requisito.

-¿Requisito? El único requisito para tocar con Los Negros es que te guste la música, ¿entiendes? Por un momento no supe cómo continuar:

-¿Han tenido alguna experiencia desagradable?

-¿Desagradable?

-¿Alguna pelea?

-Entre ciegos no peleamos, a menos de que estemos muy borrachos.

-Pero... quiero decir... ¿Nunca han tenido algún accidente?

-¡Accidente!

-Sí, algo feo, ¿nunca les ha pasado nada feo?

¡Digo, aparte de no poder ver!

Me di cuenta de que acababa de gritar y miré a doña Bertha, que estaba seriesísima y al hijo de

Walter, que por un momento levantó la mirada. Hubo un silencio largo. El bebé lanzó un maullido, o lo que sea que lancen los bebés, para enseguida continuar durmiendo.

-Sí, tuvimos un accidente- recordó Walter- Lo había olvidado. Nos estrellamos..., íbamos a tocar a Rata Muerta... nuestro carro chocó.

-¿Era ciego, el chauffeur?

-No, pero quedó, por el trancazo. Varios fuimos a parar al hospital. Fue todo.

-Hemos grabado discos- dijo doña Bertha y yo, del susto de escuchar su voz, me levanté por un segundo del mueble.

Fue entonces cuando me percaté de que estábamos rodeados de instrumentos muertos. Algunos había en buen estado; la mayoría, sin embargo, estaban rotos y cubiertos de telarañas. Teclados chimuelos y cosas así. Un tambor despanzurrado, unas maracas tronchadas y otros aparatos cuyos nombres desconozco.

-¿Tú... -tenía que volver sobre ello- tú por qué no ves?, ¿cómo te quedaste ciego?

-Sí, ya vi que eso te interesa mucho- suspiró Walter- Escucha: yo nací así. Charly, que es el que toca los timbales, por un menjurje echado a perder que le dieron a su mamá, poco antes de que él naciera.

-¿Usted?- le pregunté a doña Bertha, que fumaba un cigarro con gran calma y no mostraba el menor interés por contestar.

-¿Es difícil ser ciego?- continué.

-Todo es difícil- dijo Walter- La pinche vida es difícil. Es negra. Trabas y trabas, puras trabas.

-Comprendo- dije.

Aquí hubo otro silencio largo. No: larguísimo. Entre ciegos el silencio es doblemente pesado. Como un silencio sideral. Nadie sabía qué más decir.

Walter me preguntó entonces que si en qué periódico iba a salir la entrevista.

-En el mío- le dije.

-¿Tú tienes un periódico?

-Sí- le dije.

Doña Bertha tosió. El hijo de Walter movió los pies y se quedó mirándome.

Decidí que ya había tenido suficiente. Que ellos habían tenido suficiente de mí.

Con gran esfuerzo, porque estaba medio enterrado en el sillón, me levanté y al tratar de despedirme descubrí que tampoco sabía cómo hacerlo. ¿Cómo le dice uno 'adiós' a un ciego?

ALGUNOS FRAGMENTOS

(de textos que me fue imposible recuperar completos pero que me pareció valioso dejar consignados aquí)

I

Cuando volví a mi cuarto, aún impresionado por el suceso, y estaba por empezar a desayunar, vi salir al segundo hombre (bien vestido, por cierto) de debajo de mi catre.

-Jesús- exclamé.

-Silencio- susurró él con premura- silencio, por favor, que me andan siguiendo.

-¿Pero quién lo...?- susurré a mi vez.

-Los rojos.

-¡Los rojos!

-En efecto, señor, los rojos me persiguen por ser amarillo.

-¿Usted es amarillo?

-Sí, señor. Es una guerra. Nos odiamos.

-Claro claro claro-dije y me dispuse a proseguir mi desayuno, ahora sí despreocupadamente, pues ya había escuchado hablar de esa maldita guerra de colores (que si los blancos contra los verdes, que si los azules contra

los cafés), que se había suscitado hacía poco en la ciudad y cuyo resultado me era indiferente.

En eso hubo un ruido como de muebles tirados al suelo en el cuarto de a lado.

-Son ellos- dijo el amarillo, volviéndose a meter bajo mi catre y cuando estaba yo por emitir una risita desdeñosa...

TOM TOM, llamaron a la puerta.

Al abrir encontré un par de cerdos de caras fruncidas.

-¿Está solo?- inquirió el menos gordo.

-Dígame una cosa- dijo el otro, tocándome la cara con la punta de un desarmador- ¿usted es amarillo?

-¿Amarillo? No. Digamos que soy transparente.

-No hay nadie que sea transparente- dijo el primero, arrugando las fosas nasales.

-Bájese los pantalones- me ordenó el segundo.

-Esto es un abuso- dije.

-Es- dijo el otro, exhibiendo unos dientecillos asquerosos.

Total, que me bajé los pantalones. Los esbirros echaron un vistazo, no encontraron nada (no sé qué demonios esperaban encontrar) y con semblantes desencajados murmuraron algunas disculpas y se retiraron.

-Ahora puede salir- le dije al Amarillo (no sin antes volverme a subir los pantalones), pero ya no estaba, ni debajo de mi catre ni por ningún otro

lado. 'Quizá brincó por la ventana', pensé y me asomé a la misma, por curiosidad, creyendo que lo encontraría cinco pisos más abajo, hecho una plasta sobre la banquetta.

Ni rastro.

Me dispuse entonces a encender un cigarrillo... cuando vi aparecer al tercer hombre...

II

Lograron apenas, no sin alguna escaramuza, arrebatarse el cadáver a las Inspectoras, que acabaron por dispersarse en busca de más Infractores, y cuando lo tuvieron en su poder lo besaron de parte a parte mientras lo lloraban, y luego lo alzaron entre todos, como que fuera un navío, y así lo llevaron al panteón, en procesión ruidosa, entre alaridos y llantos y proclamas y proclamas y proclamas.

Al llegar al camposanto los perdí de vista por la sencilla razón de que aquello estaba hecho un pandemonio.

Por entre las tumbas correteaban, en tal o cual dirección, grupúsculos de gente, cada cual encabezado por un muerto, al que llevaban cargando en alto, desnudo o metido en su ataúd, como banderas que ondearan por sobre la turbamulta. Las pandillas embestíanse de modo brutal y salían volando por doquier sombreros, piedras, maldiciones... La causa

de ello (me tomó algunos minutos develarla) era que no había más tierra disponible para sepultar a nadie y los escasos palmos que aún restaban se los disputaban con saña los distintos 'equipos' que buscaban enterrar allí a su respectivo muerto. Y se trezaban a insultos y se descalabraban a guijarrazos y los pocos difuntos con suerte que lograban ganar un sitio quedaban mal sumidos en la tierra, con las piernas o medio féretro al aire, y aún corrían el peligro de ser vueltos a desenterrar, pues la batalla no se detenía.

Otros, al borde del abatimiento, habían optado por montar sobre las tumbas otras tumbas, y otras, y como no queriendo la cosa habían acabado construyendo varios 'rascacielos de muertos' cuyas estructuras endebles hechas a la carrera se pandeaban en lo alto y amenazaban a cada segundo con desmoronarse.

Mientras contemplaba este apocalipsis, recordé (erizóseme la piel) que apenas dos o tres horas atrás yo estaba sentado en alguna banca, ávido de grisedad, de blancura, y pensé, embobado, en cuán fútil había sido mi propósito.

Buscaba por dónde salir de allí, en medio de los gritos y el muladar de las fosas entreabiertas, cuando un último incidente llamó mi atención... y fue que, confundidos entre la jarana, operaba una pandilla de ladrones cuyas víctimas eran (isacrilegio!) nada menos que los ángeles de mármol que adornaban

los sepulcros. Uno desprendía las esculturas a golpe de cincel y después los otros las cargaban y se las llevaban y así consumaban el robo, sin que nadie les reclamara ni reparase en ellos.

Decidí entonces perseguirlos.

Y lo hice, no sin grandes precauciones, pues el semblante de los ladrones de ángeles era más bien demoníaco, y al cabo de algunos minutos de avanzar por entre la maleza, llegaron, y yo detrás de ellos, a un camino de terracería donde estaba esperándolos un...

III

Salí del hospital a paso raudo (no sé cómo no me desmayé después de todo aquello) y dedíqueme a ver los carros alegóricos de aquel infausto carnaval.

Había un carro-zoológico lleno de animales, pero animales inéditos que nunca antes habían sido vistos: un gato-culebro, un cotorro dentado, una mariposa-cocodrilo... Después venía un carro con forma de caballito de mar, cuyos ocupantes bailaban, giraban y rebotaban, con desatado furor, a la par que entonaban cánticos de... no, eso creí de entrada; luego me fijé bien y comprendí que sus bailes eran en verdad las maromas que pegaban para escapar del chicote de un capataz rubicundo que con tal recurso mantenía los dentro del carro. Eran prisioneros, no figurantes. Y los cánticos de fiesta, escuchados con atención, trocábanse

en desesperados y destemplados auxilios. ¡Comida, agua, piedad!, gritaban los infelices, desde la baranda de su ergástula carnavalesca.

Iban a dar las 8 de la mañana. Pero seguía siendo de noche. Las noches aquí son cada vez más largas.

BRAAAM: hubo entonces una explosión.

Encima del carro de las bestias inventadas, ensartado como una banderilla, estaba un pequeño dirigible azul, envuelto en rigurosas llamas. De entre éstas y los fierros retorcidos y los restos de las bestias destripadas por el impacto, emergieron los tripulantes a toda carrera. Unos con la cabeza prendida, que parecían antorchas andantes, otros con los pies forrados de candela, trastabillando, renegando de sus propios pasos. Y tras ellos, persiguiéndolos (con sonrisas y navajas por igual temibles), una jauría de chinos.

Varios de ellos echaron a correr hacia mí, con quién sabe qué cruentas intenciones, pero salí disparado entre los carros alegóricos, y después de unos minutos de frenética persecución, felizmente los perdí.

CIEN AÑOS DE LUCRECIO PEACE

Fue conmemorado el pasado lunes el centenario del natalicio de Lucrecio Peace, el más grande ensayista perropodrileño que jamás haya existido. Es de nuestros pensadores el que más empeño ha puesto en retratarnos. ¿Qué es Perro Podrido? ¿Qué caracteriza al perropodrileño?, son preguntas que lo atormentaron siempre, desde que nació hasta que murió.

Hagamos un repaso por su ilustre vida.

Su tatarabuelo fue soldado, igual que su bisabuelo, igual que su abuelo y que su padre. Lucharon y murieron todos ellos en la inolvidable Guerra de los Trece Mil Quinientos Años. Perropodrido, como sabrá el buen lector, es el resultado, lo que quedó, lo que no se derrumbó después de aquel monumental conflicto. Cuando Lucrecio Peace vino al mundo éste aún se tambaleaba; el vientre de su madre, la casa, la calle, el cielo, todo parecía querer venirse abajo. Fui parido entre rugidos de cañones y cánticos bélicos, recordará más tarde en su biografía, mi designio era el de vivir atormentado. Su padre alcanzó a conocerlo, antes de caer en el campo de batalla. Lucrecio Peace, en contraparte, sólo pudo recordarlo por fotografías: un hombre de aspecto gris, de rasgos regulares y ojos negros desencantados.

Haciendo ingentes esfuerzos, logró su madre enviarlo al extranjero. Allí estudió idiomas y concluyó la carrera de Leyes. Cuando regresó a Perropodrido sólo halló los escombros de los escombros que de por sí poblaban su memoria. Haciendo indagaciones por aquí y por allá, supo que su madre había enloquecido y casi enseguida muerto en condiciones deplorables. De su casa no encontró ni los cimientos. Desesperado y perdido (mi desesperanza- dirá después- fue como una selva virgen que nadie jamás había explorado; que yo mismo, al hollar su suelo, inauguraba), se dedicó por meses a recorrer las calles, una tras otra, en pos de alguna alma conocida, si no gemela, que nunca encontró. Comprendió que estaba solo y que la soledad podía ser el más oscuro y despiadado de los laberintos. Cuando sintió que perdería la razón decidió simplemente perderla, sin aferrarse; durante poco más de un par de años no tocó la navaja de afeitar (por suerte era lampiño) ni cruzó palabra con nadie que no estuviera tan zafado como él. Cuentan quienes lo conocieron entonces que antes de trabar cualquier conversación te preguntaba: ¿qué es la noche? Y si tú no le contestabas de inmediato: ‘¡un panteón de estrellas!’, Peace te asignaba, con su voz de flauta que pretendía ser de trueno, mil groseros adjetivos.

Estas y otras extravagancias le valieron ser motejado de poeta, título que no le disgustaba en absoluto. De hecho fue por estos años cuando inició la redacción de un largo himno en el que seguirá trabajando hasta sus últimos días y que fue publicado en forma póstuma. Desde luego, me refiero a Soledades Laberínticas. Cuando hubo acabado el primer borrador, su cerebro, despejado de tanta maraña, recobró la perspectiva. Peace tomó un baño y buscó un trabajo (escribiente de un despacho jurídico) y una esposa (nueve años menor que él) quien le dio una hija cuya historia merece de suyo un capítulo aparte.

Tiempo después abandonó el despacho para dedicarse al magisterio. Da clases de civismo en primarias rurales, obtiene posteriormente una cátedra de historia en la Universidad Perropodriña, de donde lo expulsan, tras veinte años de intenso trabajo, a causa de irreconciliables diferencias con Máximo Rampa, quien fungía como rector.

Peace aprovechó los años de retiro para dar lecciones particulares de filosofía, tener un hijo varón (que a la postre cometió suicidio) y escribir su segundo libro, *El Enigma de la Soledad*, un sesudo ensayo de ochocientas páginas que fue traducido a treinta idiomas casi de forma instantánea y que inunda hoy, en extractos y compendios, nuestras escuelas y librerías.

En la primera parte, Peace propone que la vida es un lastimoso enredo, un laberinto sin propósito por el que uno se arrastra irremediabilmente y que la Razón es una venda que, para no mirar la verdadera magnitud de nuestro desamparo, nos ponemos. En la segunda parte, como si él mismo cubriera sus ojos ante lo que acaba de afirmar, intenta hacer un retrato del 'ser perropodriño y hallarle un sentido a cada vicisitud histórica, filosófica y hasta meteorológica de Perropodrido. Algunas ediciones de plano suprimieron los capítulos oscuros, lo que al propio Peace le resultó natural. Como dijo en alguna entrevista, los pueblos, vanidosos por naturaleza, prefieren los espejos a los laberintos.

Cuando ya era un intelectual reputado, el gobierno de Solón Carrasco lo asigna como embajador en China, país del que regresa decepcionado, no por ningún motivo en particular sino porque así regresaba él de todas partes. Desde entonces concentra su actividad en escribir discursos políticos de impresionante barroquismo que él mismo lee con su cándida y afeminada voz ante públicos estupefactos que lo escuchan sin entender una palabra pero que le aplauden cada vez más fuerte. No hace falta comprenderlo para ovacionarlo. Ha tocado, pues, la cima del prestigio intelectual. Decide retirarse de la vida pública.

Recluido en su casa del barrio Prístino, con la sola compañía de su anónima mujer (a quien sólo sacaba cubierta de velos, para que nadie le viera la cara), hizo las últimas correcciones a su magna *Soledades Laberínticas*, tarea que acabó por consumirlo. Era tanta la presión que se imponía que intentó en tres ocasiones destruir el manuscrito, la primera comiéndoselo, la segunda prendiéndole fuego, la tercera defecando sobre él (‘Y su mierda pervive, hallan divertido comentar quienes lo odian). Su valiente mujer estaba siempre allí para evitarlo. Peace, de cualquier manera, nunca quedó satisfecho con el resultado, por lo que su gran poema permaneció en la oscuridad hasta poco después de su muerte.

Su último gran proyecto, sin ser literario, fue poético.

Se mandó construir, nadie sabe bien con qué recursos, un lujoso laberinto para una persona en el patio de su casa, hoy convertida en museo. La obra (de mármol toda ella y exquisitamente recamada de piedras preciosas) corrió a cargo del escultor chino Lui-Pai-Ai y fue considerada, no bien realizado el hallazgo, una de las siete maravillas perropodrileñas.

Hay soledades por las que uno camina en línea recta hacia la muerte, escribió Peace. Queda claro que la suya no fue así. Tampoco su muerte, que fue clasificada como una de las más deliciosamente inexplicables de que se tenga noticia, según el

Catálogo que la *Revue de Poésie Scientifique* publica sobre el tema.

A Peace el corazón se le esfumó del cuerpo, una mañana fría y como por arte de magia, justo cuando se preparaba para dar un paso, el primero, dentro de su laberinto personal. Iba de kimono y con coturnos; cuando le fue practicada la autopsia, en efecto, los doctores hallaron, donde debía estar el corazón, nada más que un nicho vacío. El caso es un misterio hasta hoy y continúa provocando violentos debates en todos los congresos de cardiología

SOBRE EL HOMENAJE REALIZADO POR EL JOVEN PAUL JOHANSSON

Del joven Paul Johansson por el momento no sabemos mucho dada su proverbial discreción. Evita cuanto puede las apariciones públicas y no le gusta que le hagan retratos. Es artista y se ejercita con apasionada intensidad en el género del homenaje; esto lo sabemos. Y no nos cabe duda de que pronto llegará a ser un gran homenajeador.

Pues bien, ha tenido este novel personaje la iniciativa, para festejar el centenario de Lucrecio Peace, de organizar una lectura colectiva de su magno poema, *Soledades Laberínticas*. No cualquier tipo de lectura, por supuesto. El evento, que tuve la dicha de presenciar, transcurrió de la siguiente forma.

Se congregaron, la tarde del lunes, en la casa museo Lucrecio Peace, alrededor de doscientas personas. Hubo, antes que nada, un brindis y un discurso breve del joven Johansson, en el cual expresó su admiración por el homenajeador y explicó cuál iba a ser la dinámica de la lectura. Se trataba de que un grupo de quince artistas accedieran al Laberinto de Peace, armados nada más que con ejemplares del poema, que irían recitando por turnos. Un verso cada quien. El objetivo, según

esto, era provocar la materialización del alma del poeta, o bien, la desintegración del cuerpo de los recitantes. La propuesta, sorprendente y atrevida (iridículo!, gritó alguien), generó consternación y mucha suspicacia.

Nadie antes, ni siquiera el propio Peace, había penetrado en el famoso Laberinto y los rumores acerca de sus propiedades misteriosas (idiabólicas!, hay quienes dicen) son bien conocidos. Los eventos que a continuación relataré parecen confirmarlos. Haciendo una fila india y dando pequeños pasitos, los artistas voluntarios fueron entrando uno por uno. Los versos, declamados con artístico entusiasmo, periclitaron poco a poco hasta perderse. Al cabo de cinco minutos, más o menos, todos los recitantes habían penetrado y no se oyeron ya ni siquiera sus voces. Pasaron otros diez minutos. Hubo entonces un momento de raro silencio en el que nadie supo qué hacer. De repente, una señora se desmayó y los fotógrafos acribillaron a flashes al joven Johansson, quien palpablemente incómodo intentaba protegerse. ¡Dónde están nuestros artistas!, era el reclamo. ¡Dónde!

Así transcurrió media hora. Una hora, dos y tres. Hasta que la mañana del martes el joven Johansson, qué remedio, tuvo que anunciar de manera oficial que los quince voluntarios, mártires poéticos, habían sido devorados, abducidos, iengullidos! por

el misterioso Laberinto de Peace. Las expresiones de pesar se sucedieron a lo largo del día; el joven Johansson, entretanto, se mostraba impasible ante las muestras de repudio de sus detractores, nunca faltan los detractores, que lo acusaron de inhumano, así como frente a los elogios que sus cada vez más numerosos incondicionales: no pocos de ellos están ahora más que dispuestos a emprender una segunda exploración del Laberinto.

Mismo que, por seguridad, ha sido clausurado.

Quien esto escribe no puede, como quiera, sino agradecer tan emotivo sacrificio; el homenaje, esa rama del arte tan profusamente practicada entre nosotros y que sin embargo languidecía en la inocurrencia, parece vivir un momento de renovado esplendor desde que el joven Paul Johansson lo practica. ¡Qué de acertijos nos plantea en cada pieza, qué de inquietudes despierta en nuestros corazones! Desde luego, hay aspectos técnicos que deberá desarrollar, lo que no demerita un ápice al vigor de su talento.

En conclusión, ¡lo saludamos!

LA MUERTE NO DESCANSA

La muerte ama su chamba, es apasionada y obsesiva, incluso trabaja horas extra. Es la mejor en lo que hace.

Yo estaba en el cine viendo una película de detectives cuando uno de los actores (el protagonista, de hecho) tuvo la pedorra idea de morirse a media trama, cuando no se suponía que muriera nadie. Qué coraje me dio, la verdad, porque la historia iba la mar de bien y porque el actor que digo era nada menos que Big Pig. Monchibornés, blanco, gordo. Uno de mis favoritos. La clase de actor que no *actúa* sino que es. Un tipo discreto del que no se hablaba mucho. Murió y entre varias personas, casi veinte, por lo pesado que estaba, lo sacamos de la pantalla y del cine y dimos en pasearlo por la calle sin saber bien para qué.

Nos reembolsaron los boletos, menester es decirlo; ello no impidió que un grupo de exasperados, con el pretexto de la marcha fúnebre, se entregara de pronto al coqueto deporte de maldecir al gobierno, contagiando con extrema rapidez a los demás dolientes.

El número de los inconformes fue incrementándose y al cabo de un rato de Big Pig nadie se acordaba, imuera el gobierno!, decían todos, algunos hasta habían sacado sus armas y por armas quiero decir escobas, planchas, trapeadores, palas, rifles viejos y destartalados.

El Gobierno, entonces, encarnado en la figura de un señor joven y bien vestido, salió a la calle a recibirlos. Para empezar les invitó un helado (¡cuánta diplomacia!) que fue aceptado con gusto por la multitud, y después un refresco. Al final decretó una breve vacación de tres días, con lo cual, indefensos ante tantas concesiones, los revoltosos depusieron las armas y así, sonrientes, rascándose la cabeza, fueron lentamente retirándose.

¿Yo? Prendí un cigarrillo y me fui caminando a la casa.

En el trayecto di con el padre Sonaja. Ya todos conocen al padre Sonaja. Sale cada tanto en los periódicos. Lo vi esa noche arreando en torno a sí un rebaño de niñitos. Por alguna razón el padre lloraba y se tiraba los cabellos.

-¿A dónde va con las criaturas?- me acerqué para decirle.

-A ninguna parte- dijo él-, estoy vendiéndolas.

-Ah, las vende ¿A cómo?

-Dos por un peso.

-¡Qué baratos, oiga!

Aquí el padre Sonaja, sin dejar de llorar, empezó a carcajearse y pude ver su lengua: parecía de serpiente.

Revisé mis bolsillos y... pobre cronista: cargaba sólo cincuenta centavos. El padre Sonaja desprendió un niñito del racimo de niñitos y me lo entregó. Sin dejar de lloriquear ni de reír como un loco se alejó con su rebaño.

Cuando estuvo suficientemente lejos agarré al niño y lo aventé a volar como el que avienta una paloma. Vete, le dije, vete de aquí. Aleteando con sus brazos tiernos, y con qué facilidad, el niño fue ganando altura, rebasó los techos de las casas, las farolas, y cuando ya lo imaginaba entre las nubes, departiendo con el resto de los ángeles... una bandada de cuervos vino y lo atacó. Se lo comieron en el aire, los malditos. Ni una brizna de él dejaron. CRACH CRACH CRACH.

El azoro fue tal que allí mismo, bajo la tormenta de graznidos, enfermé. Comencé a babear y estornudar.

¡Me di por muerto!

Adiós, adiós, le fui diciendo a las cosas, a todas las cosas del mundo.

Después de media hora de caminata, moribunda caminata, traspuse la puerta de mi cuarto, casi arrastrándome, y encontré nada menos que al fantasma de mi padre, recostado en el sillón.

-Es el fin- le dije- itodo ha terminado!

Él echó a reírse nomás.

LOS PREMIOS

El rey y la reina de Perropodrido hicieron entrega el pasado lunes de los premios anuales a lo mejor del arte, la ciencia y el deporte. En el salón amarillo del palacio real, cubriendo la nota, se hallaba la barahúnda de los corresponsales de todos los medios. El Sol de Ningún Lado, por supuesto, no podía faltar. Se nos convidó con bocadillos y tragos ligeros.

El desfile de galardonados lo encabezó Mariano Coche, el popular lanzador de jabalina; tras él vinieron los once gorilas acorazados (granaderos, por mejor nombre) que salieron campeones del Torneo Mundial de Rompimiento de Cabezas. De allí se presentó Calixto Runrún, el inventor de la pastilla para olvidar de comer, que él mismo se olvidó de ingerir, a juzgar por la barriga que lo acompañaba. En el rubro del arte fue laureado Melendo Meléndez por su tan esmerada como extensa obra; recibido el premio, el escritor, de natural introvertido, escapó de flashes y encarecimientos con presteza conejuna.

Otro escritor (éste de novelas y ensayos) de nombre Fandango Campestre, fue premiado al hilo. Venía tan enfermo que parecía de ochenta años aunque sólo tenía treinta. Le tomó una hora recorrer los cuatro metros que lo separaban de los reyes y cuando llegó se murió. Pegó un brinquito y PUC azotó la res.

Una pareja de mucamos que cabría calificar de supersónicos entró en escena para retirar el cuerpo del señor Campestre. Lo hicieron tan rápido que nadie, estoy seguro, recordaría este exabrupto de no ser por el otro que se suscitó después.

Fue el caso que el rey, al verse desairado, arrojó -sin mirar a dónde- la gruesa medalla de oro que no le pudo colgar al escritor... un TAC se oyó en el salón amarillo y en seguida el lloriqueo de uno de los infantes. La reina, con los ojos despidiendo lumbre, le propinó tremenda bofetada al rey. En ese momento los flashes de las cámaras, que apenas titilaban, tornaron a reventar uno tras otro con celeridad que deslumbraba y erizaba los cabellos. Mis colegas cronistas, por su parte, comenzaron a registrar el suceso a mil por hora, con gran bailoteo de bolígrafos, como si después de eso no pensarán escribir ya nada más. FUM FUM FUM, se les combustionaban las libretas en las manos de lo rápido que cronicaban.

Apercibidos del escándalo que estaban protagonizando, sus majestades recobraron la compostura... de tan repentina forma que nadie tampoco hubiera recordado este exabrupto, de no ser por un tercero que vino a producirse.

Broncomondongo, el imponente rey del norte, que había sido invitado a los festejos, tomó a la reina con dos de sus dedos gigantes y la masticó

CRACH CRACH para después, quizá decepcionado del sabor, arrojarla por una ventana. Nuestro rey, amedrentado, se veía que ya buscaba cómo disculpar el hecho cuando de pronto el insaciable Broncomondongo se aventó al colete a dos colegas míos que, había que verlo, aun mientras fueron devorados no pararon de escribir sus crónicas. Este lamentable evento generó reclamos encendidos entre los corresponsales, que no tardaron en ser acallados con canapés y champaña.

Antes de abandonar el salón eché un postrer vistazo y distinguí a Broncomondongo, su boca, triturando a nuestro soberano, quien por no desagradar se había ofrecido él mismo como bocadillo.

En la calle, castañeando de frío, me dispuse a detener un taxi. Lo que se detuvo en cambio fue un trineo, similar al de Papá Noel, excepto que lo manejaba una viejita de aspecto adorable y en lugar de renos lo tiraban cachorritos.

-¿A dónde, patrón?

-Al barrio Caraculo- dije.

PRAZ la viejita hizo resonar el chicotazo contra los endebles cuerpos de los cachorritos, lo que me causó mucha impresión.

Como no parecía que circularan muchos taxis, al final me trepé.

Avanzamos unos cuantos metros y nos detuvimos: había un mitin.

En el centro de éste se hallaba una estatua, la famosa Estatua de la Justicia. En torno a ella, tal un hormiguero, se había congregado una curiosa multitud. Fíjense: de uno en uno, hombres y mujeres trepaban el pedestal de alabastro, abrazaban a la estatua y la besaban. Si ésta no se movía, si no parpadeaba siquiera (y nunca lo hizo), el besador o la besadora, cual amante malquerido, se contristaba junto con la multitud que dejaba escapar un penoso lamento. De súbito, los aplausos y las porras volvían a restallar, en apoyo del siguiente besador.

-Llevan así todo el día- dijo la ancianita.

-Y qué se supone que hacen, oiga.

-Están enamorados de la estatua y quieren que les haga caso. La canija, ya lo ve, no suelta prenda.

-¡Es una estatua!

-Mi querido señor, vaya usted y explíqueles.

Pero no se preocupe, conozco un atajo.

Pensé que volarían los cachorros por encima de la manifestación, lo que hubiera sido memorable... Nada de eso. La nieve se abrió, se inclinó, mejor dicho, y por aquella rampa bajamos con todo y trineo. Sí, queridos lectores, un túnel oculto (aunque no para la viejecita, que iba silbando y fustigando PRAZ PRAZ con envidiable regocijo). Tampoco se crea que por 'túnel' me refiero a cualquier intestino maloliente. Al contrario: contaba con calefacción, suntuosas luminarias y

todo él estaba primorosamente adoquinado. Luego se partía en profusos ramales. Alcancé a vislumbrar fugazmente jardines, casas y tiendas (cuánta pulcritud, cuánta elegancia) y me pregunté si no era este el verdadero reino de los perropodriños y el de arriba nada más que un pálido trasunto.

Mi Virgilia notó mi semblante contrito y tal vez por consolarme comentó:

-Debajo de estos túneles hay otros... que no quiere usted visitar.

Dicho lo cual y de porrazo, tornamos a la nieve.
¡Y toma, otra manifestación!

Ésta consistía en que una turba de enfurecidos lanzaba copos, latas, envoltorios y demás basuras contra un monito. El animal, flacucho, medio desmayado, yacía dentro de una jaula que a su vez descansaba sobre una columna. En su choya diminuta, por mayor insulto, habíanle zampado una triste corona de lata. ¡Sobre qué podía reinar aquel despojo! ¡Era el rey de su propia desgracia!

-Se llama Grunildo- susurró la vieja- En su tiempo fue muy malo, se vestía como un catrín y le gustaba echar mentiras. Mírelo ahora.

Algunas basuras le pegaban en la cara; él, de tan débil, ni paraba mientes.

Lo más curioso fue que, aprovechando el abandono de la turba emocionada, unos raterillos iban por allí, con qué alegría, requisando bolsas,

billeteras, relojes...

Toqué mis bolsillos, por puro reflejo. No cargaba nada, ni una moneda, lo que bien pensado no era raro ni asombroso.

-Oiga- quise hacerme el desentendido-, esto va para largo, yo mejor aquí me quedo.

-Como guste. Son 500 dólares.

-¡Dólares!

Intenté pagar con cuatro panecillos (los venía guardando para el desayuno) y la viejita, fuera de sí, me los tiró en la nieve. Los cachorritos, no bien olieron comida, se abalanzaron sobre ella, como si hubieran visto oro.

-Bah, un pobretón- siseó la Terrible Virgilia- Como vi que salió del palacio... ¡las apariencias engañan!

-Ni que lo diga- refuté, componiéndome el tacuche, ¡iba de tacuche!

Y PRAZ PRAZ volvieron a sonar los ramalazos encima de los pobrecitos animales, que aullaban de dolor. Varios de ellos, de tanto latigazo, agarraron candela. Sí, desocupado lector, se prendieron igual que cerillos.

Como si fuera un meteorito encabronado (¡Arre arre!, les gritaba todavía la viejecita) vi alejarse aquel pavoroso trineo por entre las congeladas calles de esta maldita ciudad.

RATAPAM

La policía (vanidosa y de tristeza fácil) hizo de las suyas otra vez: dejó escapar al Jilguerillo Maliantillo del zoológico.

Ya se sabe lo que son estos pájaros: primos hermanos de los avestruces, gustan de robarse a los bebés de las cunas, les comen el cerebro y lo demás lo botan. ¿Y para qué lo soltaron?, algún lector inocente se preguntará. Pues para tener alguna cosa grande que atrapar, primero, y para recibir una salva de aplausos después. Porque sin aplausos qué sentido tiene todo, piensa nuestra policía.

Bien, el Jilguerillo ha devorado siete niños, ha causado revuelo, han recapturádolo.

Y yo, desde mi ventana, contemplo el desfile. Hay, detrás del 'feo pajarraco' (así lo apodan) una banda de guerra porque (RATAPAM) cómo iban a faltar los tamborazos. Un policía, megáfono en mano, va de merolico: ¡lo atrapamos, cayó, lo atrapamos!, en lo que otro arroja papeluchos de colores. Ay, si ellos no se avientan confeti solitos nadie más lo hará. Los espectadores del desfile, es lo más triste, pueden contarse con los dedos de una mano mocha. En cuanto al Jilguerillo: trine y trine, muy quitado de la pena.

Uf.

Para evitar un acceso de náusea opto por correr las cortinas y volver a mi camastro. No acabo de acostarme cuando escucho gritar a mi vecino que, por si no lo saben, es Calixto Runrún, el inventor. Alarmado, me llego a su cuarto y lo encuentro feliz de la vida, nadando en dinero; en varias decenas de billetes, para ser precisos. Le habían comprado un invento (su Lector de Mentes Positrónico, nada más y nada menos) y no cabía dentro de sí.

Alienado de felicidad, creyó preciso el buen Runrún hacerme una demostración y sin mayor comentario enjaretome un sombrerito (provisto de una antena similar a un destapacaños) y SLURP.

A ver si puedo explicar lo que sentí.

Fue como si el aparato aquel me chupara las ideas a la par que me insuflaba otras de cerebros ajenos. Ideas de todo tipo: genialidades a la par que tunantadas. La experiencia comenzó por ser emocionante, es verdad, pero luego se tornó pesadillesca. Un maremágnun de voces pobló, hasta saturarlo, mi atormentado cráneo y cuando digo voces digo también gemidos, berridos y flatos, digo lloros, risas y regüeldos. ¡Una tempestad indiscernible!

Me sentí desfallecer.

Luché, di vueltas y revueltas.

PLOP, me arranqué la positrónica zarandaja ésa y la boté con grande susto.

-No te ves contento- declaró mi suspicaz vecino.

-¿Contento?!

Di un portazo, bajé a la calle y entreme en el café Charrascas, a tomar un té de manzanilla. Lo necesitaba. Tras un par de sorbos, efectivamente, la jaqueca cedió.

Entonces (en qué tiempos vivimos) uno de los clientes del café se levantó de su silla, sacó una pistola y con mucha calma empezó a disparar. BAM BAM BAM. Yo miraba sin dar crédito cómo iban cayendo uno tras otro los cuerpos de los parroquianos. Paralizado de terror, seguí sorbiendo mi té, hasta que el sujeto ése (blanco, alto, vestido de gris) vino hasta mi mesa y... La bala me pegó en el pecho. El asesino guardó la pistola y salió del Charrascas con paso tranquilo, como si tal cosa.

¿Transcurrió una hora, un minuto?

Un mesero tuvo a bien levantarme del piso; para mi sorpresa no había muerto, ni siquiera estaba sangrando.

-Se llama Boris Craquet, un forastero- dijo el chico mientras rellenaba mi taza-. Es un asesino retirado, antes mataba libremente; sí, tenía permiso.

Yo intentaba todavía volver en mí.

-Un día, nadie sabe qué pasó, le dijeron ´ya no puedes matar´ y lo corrieron de su país. Viene aquí todas las tardes y hace como que nos asesina a todos.

-La nostalgia- digo, buscándome aún el balazo.

-La pistola es de juguete, dispara chochitos.

En el Charrascas ya todos lo conocen y se han acostumbrado a sus manías. Hemos terminado por seguirle la corriente. Usted no lo sabía, tome.

A manera de consuelo, por mi transitoria muerte, me obsequió dos donas. El resto de los comensales me miraba con algo entre mofa y cariño. 'Novato', debieron pensar, 'turista'.

Guardé las donas en la faltriquera y regresé a la calle

Y me encontré de nuevo con aquel estúpido desfile. ¡Cuánta necesidad!

La banda de guerra no paraba y el Jilguerillo Maliantillo para estas alturas notábase más aburrido que otra cosa.

¡Lo atrapamos, cayó...

Ratapam.

VICISITUDES DE UN PARÁSITO

Fue trasladada a Perropodrido la Estatuilla Dorada (pieza fundamental de la moderna y a la vez antiqúisima cultura joliwoodense) para su exhibición en la galería de arte The Sleeping Tigres. Jamás antes la Estatuilla Viajera, como también la llaman, había tocado tierras perropodriñas y la expectación venía desde hace meses, cuando se anunció que la tendríamos, in crescendo.

La fecha llegó y como buen cronista que soy encamineme hacia la galería para ser testigo de la ceremonia; cien metros antes de arribar, no obstante, fue claro para mí (lo hubiera sido para cualquiera) que ésta no tendría lugar. Había gente en la calle que lloraba y gritaba. A lo lejos, un ulular de sirenas. Ya en la entrada vi lo que no suele verse a la entrada de ninguna galería: una mano, así solita, sin el cuerpo, tirada en el piso, en medio de un charco de sangre. En el interior había más gritos, unos gritos ´de manicomio´, si se me permite la expresión, y más miembros cortados.

¿Arte vanguardista?

No, queridos lectores, no se trataba de eso, por desgracia.

Fue el caso que una banda de chinos rabiosos

(esto me lo platicó Fernando Ábrego), armados para colmo con cuchillos, penetró en el recinto diez minutos antes de que yo llegara! vociferando insultos (o poemas, que lo mismo da) y tasajeando, así como se oye, a cuanto perropodrileño tuviera la desgracia de cruzárseles.

Robaron la estatuilla y desaparecieron.

En lo que Ábrego me reseñaba el sucedido, unos policías, a punta de nada discretos empellones, nos iban echando de la sala, que fue clausurada sin mayor demora, como no podía ser menos.

–Malhadados... inmundos...– dijo Ábrego con honda decepción: justo aquel día, en *The Sleeping Tigres*, debía presentar la que sería su última novela.

El evento acabó teniendo lugar a la noche siguiente en La Locomotora. Estuvieron allí los poetas de costumbre, los narradores de costumbre, los pintores de costumbre, los fotógrafos de costumbre, en fin, toda la comunidad artística que, dicho sea de paso, hubiera estado allí de todos modos, con o sin novela. Ábrego leyó varios capítulos de su obra y fue muy aplaudido, cosa que lo enfureció. Es la clase de escritor que odia los aplausos. Cuando nos dimos cuenta estaba injuriándonos a todos. Parecía un perro rabioso. De su boca no salían más que dicitos. La comunidad artística, entre risas, no paraba de aplaudir. Fue una noche memorable.

Abandonamos la cantina, Ábrego y yo, en plena madrugada. Él se tambaleaba de borracho y

no paraba de vociferar estupidedes... pero se calló de pronto cuando, al pasar por una construcción, nos topamos con la escena que procedo a describir.

Una muchacha, esbelta y semidesnuda, estaba siendo acorralada por un puño de siluetas gorilesas (entre quince y veinte, a ojo de buen cubero); la jalaban del pelo, habíanle desgarrado la blusa y la falda, pero no acababan de desvestirla por completo ni de someterla. Gruñían y gruñían y la amenazaban, como con garrotes, con sus vergas duras. Ella se encrespaba lanzando rugidos leonescos.

-¡Al rescate!- dijo Ábrego.

No tuvimos que hacer nada porque la propia muchacha terminó de arrancarse la ropa (con gran jolgorio de los gorilas) y se dedicó a continuación a lanzar, con furiosa elegancia, patadas y zarpazos. RAZ POW RAZ. En menos de un minuto había deshecho a sus peludos atacantes, que ahora yacían desparramados, unos encima de otros, con las vergas de repente flácidas.

¡Bravo, bravo!, aplaudí como un tonto.

Ábrego, seducido por aquella masacre, se acercó a la muchacha para felicitarla.

Hubo un flashazo deslumbrante y lo siguiente que recuerdo es al novelista tendido en el suelo, inconsciente y con el pecho abierto por un zarpazo espectacular.

-¡Ábrego!

Me lo eché al hombro y lo llevé al hospital más próximo, que estaba cruzando la calle.

Para mi nula sorpresa, no había nadie que nos recibiera, excepto por algunas ratas que merodeaban por allí. ¡Pronto, un escritor herido!, grité, estúpidamente. Hasta las ratas, al oír la palabra 'escritor', salieron huyendo.

Lo recosté sobre una camilla y lo fui empujando durante lo que me parecieron horas, hasta que dimos con la sección especial de los literatos. En esta parte del edificio hallábanse apilados, en camillas o en el suelo, poetas, ensayistas, cronistas y filósofos. Unos, nimbados de moscas, ya en franca descomposición; otros, en las últimas, lanzaban profundas quejas y empuñaban débilmente sus amarillentos manuscritos. El único doctor a la vista se encontraba muy ocupado propinándole de bofetones a un viejo, que al cabo de tantos golpes acabó por cerrar los ojos y quedarse inmóvil sobre la camilla. Sólo entonces el doctor, que inhalaba y exhalaba satisfecho, paró mientes en Ábrego y en mí, pero en lugar de interesarse por nosotros, comenzó a gritar:

-¡Nada, NADA pone tantos reparos en dejar de existir como un filósofo! Le estoy diciendo que por favor ya se muera y me pregunta '¿qué es la muerte, qué es la vida?'. Quieren comprender, comprenderlo todo... ¡Es una lata!

Y con esto desertó de la sala, dejándonos a nuestra suerte.

La del novelista Fernando Ábrego resultó ser fatal. Sí, lo hemos perdido. Expiró entre mis brazos; la herida no le paró de sangrar y su cuerpo, afebrado y trémulo, a la postre claudicó.

En medio de unos resuellos finísimos todavía musitaba:

-Oh, baby, come with me...

CHISPIRRÍN

Reventó la tierra y no por culpa de un volcán sino de una tubería que se rompió, por vieja, porque la empresa PPP (Petróleos PerroPodrileños) no le dio mantenimiento; dicho suceso no sería noticia (los tubos de la PPP revientan cada y nada) de no ser porque en esta ocasión el desperfecto ha destruido sin querer el panteón municipal José Bernardino y los muertos que descansaban plácidos en sus tumbas han sido despertados de una manera francamente anticatólica. BUUUM. Salieron volando los cuerpos y varios testigos aterrados los han visto abandonar el panteón y entrar de nuevo en la ciudad de los vivos, estirando los brazos (los que tuvieron la suerte de conservarlos) y limpiándose las lagañas (los que aún llevaban ojos) acumuladas durante meses o años de 'descanso eterno'. Daba lástima mirar a estos cadáveres recién nacidos, tratando de orientarse entre las calles que apenas reconocían, amodorrados todavía por el sueño de la muerte.

La mayor parte, como es natural, enfiló rumbo a sus casas, donde sus parientes los recibieron entre desmayos y gritos de felicidad horrorizada. ¡Agua!, parece ser que pedían con urgencia muchos de ellos, y no para beber sino

para bañarse, pues no les agradaba lo más mínimo andar tan cubiertos de gusanos y de tierra.

Y qué pena debieron sentirlos perropodrileños vivos al tener que informarles a sus respectivos y añorados y malolientes muertos que 'agua' era precisamente lo que no podían ofrecerles, pues como seguramente sabrá el informado lector, desde hace diez días que por nuestra ciudad no circula este (nunca mejor llamado) líquido vital.

Viendo la tan deplorable situación y no dispuestos a tolerar una segunda vida llena de miserias (con la primera habían tenido de sobra) los finados enfurecidos espontáneamente se congregaron en la calle principal y marcharon hacia la Casa de Gobierno, donde exigieron ropa limpia y duchas para todos. El señor Primer Ministro, atento como siempre, escuchó desde el balcón las inconformidades. Acto seguido entró de vuelta en el palacio y no volvió a salir nunca. El que sí salió fue nada menos que Chispurrín, el célebre comediante (uno más del harem de comediantes que, es sabido, posee nuestro Primero Ministro), quien presentó un número magnífico, de chistes y malabares, con el que logró mantener entretenidos durante horas a los muertos que, sí, continuaban protestando, pero de risa. Al final todos fallecieron por segunda vez a punta de estruendosas carcajadas. No quedó uno solo en pie.

Hubo entonces que retirar aquella multitud de cadavéricos cadáveres y para tal efecto, por ser el método más rápido y limpio, desde la casa de gobierno mandaron desatar alguna de las muchas jaurías de perros hambrientos, de esas que tienen siempre a la mano, y las disciplinadas bestias barrieron impecablemente los alrededores del palacio, a punta de tarascadas y lengüetazos, dejando el panorama lo que se dice limpio limpio limpio de la pasta grasosa de los cuerpos putrefactos, y listo también para que en ella se celebrara un espléndido homenaje al consagrado Chispirrín, quien, ¡olvidábamos decirlo!, al concluir su acto cómico fue burocráticamente arrojado a la plaza, junto con los muertos, con la boca bien amordazada y las manos y los pies atados.

El homenaje consistió en una misa solemne, la lectura de un panegírico, y un recital de canciones infantiles entonadas por un coro de niños disfrazados con el característico gorro y las distintivas mallas rojas de Chispirrín. La ciudad entera se presentó a la ceremonia. El comediante, desde luego, no pudo ser testigo, pero había en su lugar una figura de cartón recortado, con la que estaba permitido tomarse fotos y a la que podían prodigársele besos.

PALOMA

Cuando cayó sobre Perropodrido la noche larguísima yo tenía de mascota una paloma negra.

Más que una mascota era mi mejor amiga, lo digo así sin pudor. Conversaba con ella. Fingía que conversaba con ella, por lo menos, y si la veía parpadear me imaginaba que eso había sido un comentario.

El único jobi de mi paloma era salir a volar por las mañanas un ratito. Antes del mediodía ya estaba de vuelta. Se acostaba en el rincón y cerraba los ojos y tal vez pensaba en las aventuras que había vivido. Luego yo le daba unas migajas de pan o de lo que fuera.

El día que nos conocimos yo andaba por ahí, merodeando, con la mente perdida; ella estaba tratando de subirse a una banqueta. Como vi que tenía una patita rota, la traje a mi cuarto (yo sentía que había encontrado un tesoro) y no sé cómo pero la curé.

A veces me divertía pensar que los dos éramos unos hechiceros y que teníamos la vocación de la soledad. Otras veces me imaginaba que ella, en su mundo de palomas, era una descarriada.

Cuando cayó sobre Perropodrido la noche larguísima, la paloma que ya era mi amiga empezó a caminar en círculos. No pudo estarse quieta. Fue

como si en el interior de su pequeño cráneo hubieran crecido muchas hormigas. Luego andaba picoteando las paredes, como toda una masoquista, y apenas yo abría la ventana, la veía salir hecha un bólido.

La noche era como un pez en la boca del cual ella iba a perderse.

Y cuando regresaba lo hacía trayendo en el pico un cordel, una hoja... Al principio yo me inventaba que eran obsequios: me agachaba sobre ella y le daba las gracias, luego iba colocando los obsequios dentro de una caja que antes había contenido tabaco.

Después la noche se tornó gélida, esto deben recordarlo todos. Yo recuerdo haber quebrado las patas de una mesa y haber prendido una fogata en el centro del cuarto. Fue por entonces cuando la paloma trajo en su piquito la cabeza de un ratón.

La cabeza de un ratón es una pelotita peluda y deforme, de la cual brotan, como en desfile, un montón de gusanitos. Ella fue a ponerla en el suelo, justo frente a mí, como para que yo no pudiera ignorarla.

No tuve más remedio que sentir aquel aroma putrefacto. Cuando salí de mi estupor, tomé (icon mis propios dedos!) aquella inmundicia y la tiré lo más fuerte que pude por la ventana.

Después mi amiga trajo un caracol roto (creo que ella misma lo rompió) y yo pensé que

estaba enferma y que su enfermedad había llegado demasiado lejos.

¡Basta!, le dije.

Por toda respuesta, ella hizo un ruido que jamás le había escuchado, como el de dos piedritas que chocaran, y que interpreté como si hubiera sido una mala palabra.

Luego se puso a picar la pared.

Nuestras conversaciones disminuyeron a partir de entonces, por no decir que cesaron por completo.

Durante aquellos días oscuros mis ganas de escribir también se extinguieron. No conseguí redactar ni una sola crónica, ni una mísera reseña. Atiné solamente a pergeñar estas líneas:

Entre mi amiga y la noche no existen demasiadas diferencias. La segunda sólo es un poco más grande, parece un manto que pasara interminablemente por sobre los edificios. La paloma es como un pedazo muy pequeño de ese manto. Fin.

En algún punto de aquel marasmo, de aquella noche bastarda, no tuve más opción que salir a la calle por comida (me quedaban, de suerte, algunas monedas) y lo que encontré fue una soberana revoltura de personas y coches y antorchas, cuya principal ocupación parecía ser la de chocar entre sí.

¡Alcanzábanse a escuchar disparos a lo lejos!

Yo no entendía nada y sigo sin entender nada.

Cuando regresé, con dos panes bajo el brazo y alguna botella de vino, la paloma estaba en medio de la habitación, cubierta con su propia sangre azul.

Se hizo de día una hora después. Yo fui escuchando cómo en la calle se levantaban las exclamaciones y los aplausos.

Una parte de mí también se sintió feliz.

Cuando me paré frente al espejo vi mi cabeza cubierta de canas.

Y me pregunté si en algún sueño, en alguna vida anterior, no sería yo la paloma negra de alguien.

EPÍLOGO

Encontré mi primer texto de Clarinet una mañana de julio mientras hacía mis necesidades en alguno de los baños del mercado Paco Garabito. Estaba por limpiarme lo que uno tiene que limpiarse cuando me distraje leyendo unos periódicos que vi clavados en la pared. Me sorprendió que la redacción no fuera horrible y que incluso poseyera cierto ritmo.

¿Quién sería el autor de aquello?

Hablé con don Vernáculo, el viejito responsable de los baños, y me dijo que no tenía la más remota idea, pero que esos periódicos los había traído él mismo desde una bodega cercana, hacia la cual me dirigí enseguida.

El vigilante, un tipo gordo de bigotes mal crecidos, pero muy amable, llamado Martín, me dejó entrar como si fuera mi casa y estuve allí un par de horas por lo menos, entre torres y torres de papeles y nubes de polvo, buscando y rebuscando cuanto quise.

Pude rescatar un par de números casi completos de El Sol de Ningún Lado.

Nunca volví a correr con la misma suerte. De allí en adelante sólo hallaría pedazos desperdigados de páginas clarinetianas, por aquí, por allá...

Cabe mencionar que soy estudiante de

Letras. Lo fui, mejor dicho, hace más de diez años. Me gusta escribir. Debajo de mi cama (en realidad duermo en hamaca) debe haber, por lo menos, unos diez volúmenes inéditos. Cuentos y novelas. A veces me gusta ir y corregirlos, nada más que por pasar el rato. Nunca he publicado una sola línea.

Lo que estaba diciendo es que la prosa de Clarinet consiguió tocarme (así como uno es tocado por el filo de un cuchillo) y después de varios meses de andar leyendo sus textos esporádicamente, por baños y bodegas, por fin se me ocurrió salir a recorrer las bibliotecas, por ver si hallaba su nombre en algún almanaque o cosa parecida. No había mucha información, pero había.

Transcribo el siguiente párrafo de la Historia de los Periodistas Perropodriños, de Gonzaga y López.

‘Clarinet Simón: reportero local cuya fecha de nacimiento no conocemos con exactitud. La de su muerte tampoco se sabe con seguridad, aunque es muy probable que coincida con la fecha en que su diario, El Sol de Ninguna Parte, dejó de ser publicado’.

En las páginas de los periódicos oficiales de aquellos años (bien conservados y clasificados en la hemeroteca) lo mencionan algunas veces, muy de cuando en cuando, y siempre es para burlarse de él o de su ‘periodiquito’.

‘Agradeceríamos que el doctor Clarinet se abstuviera de malinformar a la población haciendo pasar sus fantasías opiáceas por sucesos verdaderos’.

‘El Sol de Ningún Lado es la cucaracha de los diarios, de naturaleza inmunda pero resistente, ni las plagas ni las guerras lo han podido exterminar’.

Y ya por último: Melendo Meléndez, el escritor favorito de Clarinet, cuya obra he revisado de pies a cabeza, de hecho lo menciona en el capítulo III del segundo tomo de sus Memorias Perropodriñas.

‘Todos fueron al baño y quedeme a solas con el singular...periodista. Llevaba éste un sombrero medio roto y deshilachado (con algunas minúsculas flores muertas encima) y un saco en iguales condiciones. Me llamó ‘Maestro’ y sin mayores preámbulos arrancó a recitar uno de mis poemas.

Insistió después en que yo era su padre espiritual (sic) y me dijo que aprendió a leer con mis crónicas y sonetos; la verdad no supe ni cómo responderle. ¡Notábalo tan pálido y demacrado!, parecía que estuviera a punto de echarse a vomitar.

Cuando El Soldado y El Mago [renombrados políticos y novelistas de la época] volvieron de orinar, les pedí de favor que me llevaran a mi casa, a lo que accedieron graciosamente. Clarinet permaneció allí solo, en La Locomotora, bebiendo y recitándole poemas al vacío’.

